



SERVICIO SECRETO



LEYENDA DE UNA MUJER MUERTA

keith luger

—¿Cuánto dinero nos queda, Roy? —preguntó Lou Anders, de treinta y cinco años, alto, fornido, con aspecto de luchador de catch, ocupadas las manos con sendas maletas.

—Un dólar cincuenta centavos —contestó Roy Wade, joven de veintisiete años, uno setenta de talla, delgado, cara atezada en cuyos ojos negros brillaba la inteligencia y dinamismo.

—Lo mismo de siempre, ya estamos en la ruina.

—Las cosas se van a arreglar ahora, Lou.

—No sé de qué modo. «La Antorcha» nos despidió.



Keith Luger

Leyenda de una mujer muerta

Bolsilibros - Servicio Secreto - 655

ePub r1.0

Lds 15.10.17

Título original: *Leyenda de una mujer muerta*

Keith Luger, 1967

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

—¿Cuánto dinero nos queda, Roy? —preguntó Lou Anders, de treinta y cinco años, alto, fornido, con aspecto de luchador de catch, ocupadas las manos con sendas maletas.

—Un dólar cincuenta centavos —contestó Roy Wade, joven de veintisiete años, uno setenta de talla, delgado, cara atezada en cuyos ojos negros brillaba la inteligencia y dinamismo.

—Lo mismo de siempre, ya estamos en la ruina.

—Las cosas se van a arreglar ahora, Lou.

—No sé de qué modo. «La Antorcha» nos despidió.

—Me alegro de que nos despidiese... ¿Conociste algún patrón como Joseph Greenough? Nos ha estado chupando la sangre durante los últimos seis meses. Logramos para él publicidad por valor de cincuenta mil dólares y, ¿qué fue lo que nos dio él? Nos prometió un diez por ciento, pero luego tuvo que descontar el uno y medio para las tasas federales, el tres por el impuesto del Estado, el dos sobre arbitrios municipales...

—No continúes, Roy, me marean los números. Lo único cierto fue que hemos cobrado una miseria. Infiernos, aún recuerdo las noches en que nos acostamos en los hoteles de pueblos de mala muerte, sin echar nada caliente al estómago.

—Y para colmo, ese miserable nos despide.

—No debiste ponerle ese telegrama, Roy. Te advertí que no le sentaría bien. —Hizo una pausa y repitió con voz triste el contenido del telegrama—: «Se olvidó despojarnos de cinco dólares sesenta centavos para comprar una trompetilla acústica a su abuela».

—¿Por qué lamentarse ahora? Volvemos a estar en Nueva York y tú dijiste que no llegaríamos.

—Sí, hemos llegado, pero ¿te has fijado en lo que hacen los

transeúntes a nuestro paso? Todos se cubren la nariz con los dedos.

—Fue el único coche que se detuvo en la carretera después de media hora de hacer señales.

—Desde que estoy contigo he utilizado muchos medios de transporte, pero jamás lo había hecho entre cajas de pescado.

—Ahora nos daremos un baño y mandaremos nuestros trajes a la tintorería.

—¿Crees que vas a poder hacer eso con un dólar y cincuenta? En cuanto nos vean aparecer por el hotel de la calle Cuarenta y Nueve y nos olfateen, sabrán que estamos en la ruina. Es un olor maldito, Roy.

—Recuerda que el hotel Floriot no cuenta con tintorería. No podemos ir allí.

—Entonces, no nos queda ninguno.

Roy se detuvo frente a un edificio lleno de luces que brillaba en la noche como una joya. En la cúspide, sobre el piso 32, se alzaba un gran letrero en el que se leía: «Hotel Carlos VIII».

—Allí lo tenemos.

—Sí, Roy —dijo tristemente Lou—. Ahí lo tenemos. Ése sí que debe ser un hotel. He leído que en él se alojan diplomáticos de la ONU, artistas de cine que vienen de Hollywood, gente famosa de todo el mundo. Algunas veces que tuve dinero, pensé que sería capaz de dar una propina de cincuenta centavos a cualquier empleado para echar un vistazo por dentro.

—He de anunciarte algo, Lou. La propina más pequeña que se da ahí, es de a cinco dólares.

—Bueno, alguna vez, cuando acertemos un caballo, vendremos a echarle otro vistazo... por fuera.

Roy tomó del brazo a su amigo y lo empujó hacia la cafetería Rivoli que estaba a la derecha.

—Acompáñame. He de hacer una llamada.

—Si vas a pegar un sablazo a un amigo, ahórrate la moneda. Ya no nos queda a nadie a quien echar mano.

A pesar de sus palabras, Lou siguió a su amigo al interior del local.

Serpearon por entre las mesas y en su camino todas las cabezas se volvían, arrugando la nariz.

Un cliente que había pedido un plato de pescado dijo al

camarero:

—Retire esto. Está descompuesto.

Llegaron ante la cabina telefónica. Había dos hombres esperando turno.

En el interior de la cabina una mujer hablaba, reía y gesticulaba mucho.

El hombre que estaba delante de Roy empezó a dar vueltas a su alrededor olisqueando el aire y finalmente, se alejó. El segundo casi le pisó los talones, cubriéndose la boca con la mano.

Roy abrió la cabina.

—Eh, señora, se le enfría la sopa.

La mujer parpadeó.

—Oh, muchas gracias. Adiós, Lissa. Otro día continuaremos.

Salió de la cabina, pero de pronto se detuvo y volvióse hacia el joven.

—Pero si yo no he pedido sopa...

Pero Roy ya estaba dentro y Lou se coló de un salto y cerró la puerta dirigiéndole una sonrisa a la charlatana.

Roy buscó en la guía telefónica y marcó un número.

Lou cruzó los brazos apoyando su hercúlea espalda en el tabique de madera.

Descolgaron a la otra parte y una voz femenina cantó:

—Hotel Carlos VIII.

—Con la dirección, por favor, señorita —dijo Roy, con voz de ordenancista.

La señorita rogó que esperase un momento y poco después Roy escuchó una voz varonil.

—Saúl Flagger, secretario de Relaciones Públicas del Hotel Carlos VIII. ¿Sí?

—Señor Flagger, le habla Warwick Rusk, secretario de Roy Wade —hizo un trémolo con la voz—. Señor Flagger, me encuentro en un grave apuro. No sé cómo ha podido ocurrir, pero se me olvidó reservar habitaciones para mi jefe y un invitado suyo, el señor Lou Anders.

Roy sintió la presión de la mano de Lou en su brazo y un gemido.

—No, Roy, no lo hagas.

—Señor Flagger —prosiguió Roy—, en mi vida he sudado

tanto... Temo que si el señor Wade descubre mi olvido, me despida.

—Perdone, señor Rusk, pero no conozco a ningún. Roy Wade.

—¿Cómo dice? ¿Es posible que no conozca al rey del bacalao? Roy Wade, un millón de toneladas en barcos pesqueros, siete factorías, diez millones de dólares en un Banco suizo...

Saúl Flagger tosió levemente.

—Perdone, señor, pero indudablemente es la primera vez que el señor Wade nos honra con su presencia.

—El señor Wade insistió mucho en que encargase una *suite* en ese hotel. Durante dos semanas se ha dedicado a la pesca de altura en su yate con su amigo Lou Anders, y justamente dentro de un rato llegarán ahí. Me lo acaba de comunicar hace un momento. Yo tuve que salir de la ciudad para visitar a un hermano enfermo y se me fue el santo al cielo.

—Bueno, no tiene por qué preocuparse —repuso el señor Flagger suavemente—. Justamente esta mañana se ha desocupado una suntuosa *suite* que desde este momento reservamos al señor Wade. Naturalmente, así quedará cubierto su olvido, señor Rusk.

—Señor Flagger, cuente usted con...

—Por favor, señor Rusk.

—Con mi agradecimiento —dijo Roy y colgó.

Salió de la cabina pero vio que Lou no le seguía y asomó la cabeza hacia el interior. Lou estaba apoyada en la pared, y por su cara resbalaban ríos de sudor.

—Vamos, muchacho, atrapa las valijas. Tenemos ante nosotros un futuro.

—Un futuro entre rejas.

—Tu bola de cristal está empañada, Lou. En la mía también veo barras, pero son de oro.

—Pero, Roy, todavía no te has dado cuenta de lo que vas a hacer.

—Claro que me he dado cuenta. Escúchame, Lou, el mundo está organizado de acuerdo con reglas que mucha gente se obstina en ignorar. Sólo el dinero da dinero. Alterna con gente podrida de pasta y tendrás oportunidad para atrapar tu ración. Muchas veces te has quejado que nosotros nunca vamos a esos hoteles de lujo y he llegado a la conclusión de que estabas poniendo el dedo en la llaga. Sí. Lou, sólo zambulléndonos en ese mundo de riqueza lograremos

echar mano a una bolsa.

—Pero ¿te has fijado en nuestro aspecto, en nuestras valijas?

—Soy Roy Wade, el rey del bacalao, y tú Lou Anders, mi invitado.

—¿Sí? ¿Y qué tengo yo además de una muda con unos cuantos agujeros?

—Tú mismo lo acabas de decir, Lou. Eres el rey de los agujeros.

—Es un chiste muy viejo. Nadie lo puede creer. Agujeros para regadera.

—Yo lo he variado un poco. Haces agujeros y cada vez que ahondas, encuentras uranio.

—¿Dónde?

—En el Congo, en Australia, en Nueva Guinea, donde se te ocurra. Vamos, muchacho, no nos demoremos. Nos espera la riqueza.

—Roy, hay un agente en la puerta, un poli...

—Todavía no hemos llegado a entrar en el hotel, Lou. Escupe el miedo.

Se dirigían hacia la puerta cuando un hombre saltó del mostrador y tropezó con Roy. Era evidente que estaba borracho.

—Perdone, compañero. Soy Tony Stone —dijo— pero cada día hacen más altos estos taburetes... ¿Le hice daño?

—De ninguna manera.

—En compensación, le diré un secreto. No se quede aquí. Hay una araña gigante detrás de mi vaso.

Roy y Lou miraron hacia el vaso que Stone había dejado en el mostrador, pero tras él no había ninguna araña.

El adicto de Baco hacía eses camino de la puerta.

—Eh, Roy —dijo Lou en voz baja—. Ahí tienes un primo. Si lo liases le podrías sacar unos cuantos pavos y no tendríamos necesidad de correr esa aventura en el Carlos IV.

—VIII, Lou, y permíteme decirte que me avergüenzo de ti... No más sablazos, recuérdalo.

Salieron del hotel. Tony Stone se había metido en un descapotable con no menos de ocho metros de manga.

Lou encanutó los labios, lanzando un silbido.

—Eh, Tony —dijo Roy, rápidamente—. ¿Puede hacernos un favor?

—Sólo deseamos llegar hasta el hotel de enfrente por probar su coche. Parece bueno.

—Es eso, ¿eh? Los llevaré hasta Boston si quieren.

—Oh, no se preocupe, sólo queremos llegar enfrente, tenemos una cita importante.

Roy arrojó una valija al asiento trasero e hizo un guiño a Lou para que hiciese lo mismo con la otra. A continuación los dos se sentaron en el asiento de delante, junto a Stone.

—¡Sujétense los cinturones! —gritó Tony.

Lou buscó efectivamente un cinturón que ponerse y eso estuvo a punto de costarle caro, porque el vehículo arrancó con la furia de una res. Lou embistió el parabrisas pero el cristal y su cabeza poseían la misma dureza y no se rompió ninguno de los dos.

El vehículo todavía no había recorrido veinte yardas y ya la aguja del velocímetro había saltado a las sesenta millas.

—Cuidado, amigo, o trasladará el hotel, Carlos VIII a Philadelphia —dijo Roy.

Iban derechos al hotel pero Stone hizo girar bruscamente el volante y el coche se detuvo con un chirrido junto al borde de la acera. Un portero y dos botones se acercaron rápidamente, y Roy dijo palmoteando a Stone:

—Fue estupendo, Tony. Compraré cuatro coches Como éste.

—¿De veras? Pues menuda sorpresa le voy a dar a acá amigo Willy. ¿Estará mucho tiempo aquí?

—Dile a Willy que pase a verme la semana que viene por el hotel. Recuérdalo. «Carlos VIII».

—Le pasaré el recado a Willy, si es que no me encuentro en el camino a la araña...

—Ve con cuidado, Stone. Este coche corre demasiado aprí...

El coche partió como un cohete disparado en Cabo Cañaveral.

Roy se volvió hacia el hotel y vio a su amigo bailoteando sobre los dos pies, como si tuviera frío.

Los botones ya se habían encargado de las valijas, aunque las miraban con recelo.

El conserje arrugaba y desarrugaba la nariz tratando de captar a un lado y otro de la calle de dónde llegaba cierto extraño olor.

Roy tomó a Lou por el brazo y entraron en el hotel.

Encamináronse directamente al registro que estaba atendido por

tres hombres.

Roy se dirigió al que ofrecía más juvenil aspecto.

—Soy Roy Wade y éste es mi invitado Lou Anders. Mi secretario reservó hace unos días habitaciones.

—Oh, sí, desde luego, señor Wade. Soy Saúl Flagger, de Relaciones Públicas. ¿Cómo les fue la pesca de altura, caballeros?

—Lo que mejor se nos dio fue el pulpo —contestó Lou, que había viajado en el camión entre cajas que contenían aquella especie.

—Mi amigo es muy chistoso —rió Roy, mientras pegaba un puntapié en el tobillo de Lou—. Pero batimos el récord en las Bahamas, capturando un pez espada de seiscientos cincuenta kilos.

—Les hemos reservado la *suite* «Napoleón», en la planta veintisiete.

Roy y Lou subieron en el ascensor con Flagger, mientras los botones lo hacían en otro con el equipaje.

Flagger sonrió protocolario entre los dos huéspedes, pero lo hizo muy forzado, quizá porque la atmósfera se llenó de un espantoso olor a pescado.

Poco después, el de Relaciones Públicas abrió la puerta de la *suite* «Napoleón», y Roy entró, seguido de Lou, y casi al momento lo hicieron los botones portan de las valijas.

Lou se quedó con la boca abierta viendo el gran salón decorado con tapices, sintiendo bajo sus pies una alfombra de un palmo de espesor.

Los botones dejaron ver dos dormitorios más suntuosos todavía que el *living*.

Roy salió a una amplia terraza donde había una sombrilla, sillas extensibles y una mesa rodante con servicio de bar.

—Bravo, señor Flagger. Ha pensado en todos los detalles.

Los botones ya se retiraban, y los dos a una, hicieron un coro de carraspeos.

—Oh, sí, muchachos, qué simpáticos... —dijo Roy—. Flagger, deles una propina de cinco dólares a cada uno y sírvase usted diez.

Flagger sonrió, haciendo una inclinación con la cabeza y entregó cinco dólares a cada botones, los cuales salieron, haciendo zalemas.

El señor Flagger hizo un gesto como si fuese a pasar diez dólares de un bolsillo a otro, pero a última hora se interrumpió.

—Caballeros, ¿cuándo esperan el resto de su equipaje?

—Oh, si, Flagger —repuso Roy—. Llegará pasado mañana. Quiero que dediquen especial cuidado a un receptáculo de piel de cerdo que guarda un retablo de la Edad Media, por el que acabo de pagar doscientos cincuenta mil dólares en una Galería de Londres. Es para un regalo.

—Descuide, señor Wade, tomaré todas las medidas.

Flagger salió del apartamento cerrando tras de sí.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Lou corrió y aplicó el oído a ella.

Entonces se volvió como un rayo y entró en los dormitorios atrapando las valijas. Con ellas bajo el brazo, echó a correr hacia la puerta.

—Vamos, Roy. Todo salió bien.

Pero Roy estaba en la terraza sirviéndose un vaso de *whisky*.

—Lou, no sabes apreciar la buena vida.

—Pero, muchacho... Nos atraparán... Recuérdalo... Sólo tienes un dólar cincuenta en el bolsillo y ya hiciste una inversión de veinte. Ni siquiera preguntas lo que cuesta estar un día en esta choza. Lo menos debe costar veinte dólares.

—Unos cincuenta, calculo yo.

—¡No! —gritó Lou, y las dos maletas le cayeron al suelo.

Roy bebió un trago de *whisky* y escanció en otro vaso. Penetró en la sala alargándose a su amigo.

—Anda, bebe y te sentirás mejor.

Lou bebió un trago y su cara empezó a ponerse verde.

—Lo que tengo es hambre, Roy. Vayamos a ese fisgón de la Calle 43 y despachemos unos perros calientes.

Roy esbozó una sonrisa descolgando el teléfono.

—Con la cocina, por favor. Soy el señor Wade, quiero que me sirvan el siguiente pedido. Langosta al Archiduque, Redondo de vaca a la Burguesa, Solomillo braceado con patatas Delfinas... No estará mal un Tournedos a la Royal... Agregue un huevo duro... ¿Postres?

—Cake María Antonieta, pero, por favor, tráigala con cabeza... Oh, sí, estamos acostumbrados al mejor champaña... —Colgó frotándose las manos.

—Roy, ¿qué estás haciendo?

—Acepta mi consejo y aflójate el cinturón.

—Me voy a morir. Me moriré... No puedo resistirlo, Roy. No puedo.

En aquel momento llegó un chiquillo por la puerta abierta de la terraza.

Lou saltó:

—¿Nos han descubierto?

Pero Roy fue tranquilamente hacia la terraza y se detuvo de pronto al ver lo que ocurría en la vecina. Del borde arrancaba un mástil en que ondeaba una bandera americana. Justo a la mitad del mástil había un gato de Angora.

Oyó otro chillido.

Pero no era el gato de Angora el que chillaba, sino una vieja cuya edad Roy calculó entre los ochenta y los ciento cincuenta años.

—¡Cuidado, «Abelardo»...! ¡Te vas a matar!... ¡Vuelve con tu Eloísa!

—Perdone, señora —dijo Roy—. Se me ocurre una idea para que «Abelardo» vuelva. Traiga a la gata «Eloísa» y quizá ella le convenza.

—Eloísa soy yo —chilló la vieja, fulminándolo con la mirada—. ¿Qué hace ahí...? ¿Por qué no ha llamado a los bomberos y a la policía? Hable al comisionado rápidamente. Dígame que lo llama Eloísa van der Brunten. ¡Dígame que si no salva a mi «Abelardo», juro que haré destituir a todos los jerifaltes del municipio empezando por el alcalde!

La anciana gesticulaba esgrimiendo un bastón, cuyo puño de oro y brillantes Roy valoró con ojo de perito en veinte mil dólares.

—Perdone, señora Van der Brunten, tal como están, las cosas, no creo que los bomberos puedan llegar al tiempo. Mire a su «Abelardo».

El gato seguía avanzando por el mástil porque al parecer quería jugar con la bandera que agitaba el viento, o quizá era que «Abelardo» se había decidido por el suicidio, tras largos años de soportar a la vieja.

—¿Qué hace ahí que no se mueve, jovenzuelo?

—Voy a intentar salvarlo.

—Si lo logra le pagaré cinco mil dólares.

—¿Ha dicho cinco mil?

—¡Le doblo la postura!

Lou ya había llegado detrás de Roy pero todavía no se había dado cuenta en qué consistía el asunto.

—Aceptado, abuela. ¿A quién hay que matar?

—¿Qué dice ese bestia? —exclamó la abuela.

Roy puso una mano en el hombro a Lou.

—Se trata de salvar ese gato.

Lou miró al gato y luego observó el vacío. En la calle los coches parecían de juguete y los peatones eran hormigas.

—¡Que lo salve la vieja!

—Eso es cosa mía.

—¡No puedes hacerlo! ¡Te matarás!

—Agarra una sábana de la cama y ácala al barrote. Rápido.

La vieja apuntó a Roy con el bastón.

—Si mi gato se cae, le voy a dar un consejo, joven. Tírese detrás de él, porque no vivirá para contarle.

—Espero al menos que me dedique unas exequias, como las que piensa hacerle a él. Pero, por favor, que nos entierren en cajas separadas. Nunca me ha gustado el olor a gato.

La señora Van de Brunten retrocedió como si la hubieren golpeado.

—Insolente. ¿Cómo se atreve a hablarme así?

Roy tenía el vaso de *whisky* en la mano y lo alargó a la anciana por encima de la reja que separaba las dos terrazas.

—Echese un trago y verá cómo se siente mejor.

—Los médicos me prohibieron el alcohol hace más de treinta años.

—Pues no sabe cómo está ahora el *whisky*, abuela. Pruebe y compare.

Lou ya había atado la sábana al barrote.

El gato había hecho una pausa en su carrera.

—Allá voy, Lou —dijo el joven y se descolgó por la otra parte.

Lou lo sujetaba por el brazo.

—No, Roy, no lo hagas...

—¿No oíste a la señora Van der Brunten, Lou? Ha amenazado con arruinarnos y yo puedo resistirlo todo menos la quiebra —apartó la mano de su amigo, se puso en cuclillas y empezó a acercarse al mástil—. «Abelardo»... —lo llamó con un siseo—.

«Abelardito», rico... Ven aquí...

Pero el gato continuó en el mismo lugar, observando atentamente los movimientos de la bandera.

Roy se puso a cuatro patas y avanzó sobre el mástil.

Su situación se volvió muy precaria. Sólo estaba apoyado sobre la punta de los dedos de los pies y las manos.

Bajó poco a poco el cuerpo hasta tocar con el abdomen el mástil. Temió que su peso fuese bastante para producir una catástrofe. Si el mástil se movía, el gato podía salir escupido hacia la calle.

Lou estaba sin habla, aterrorizado, observando a su amigo que, al avanzar unas pulgadas más, quedó ya sobre el vacío.

La señora Van der Brunten estaba ingiriendo el *whisky* a dosis masivas.

Roy alargó una mano, pero todavía le faltaba un buen trecho para atrapar al gato.

—«Abelardo»... Condenado gato del demonio, ven o te rompo la espina dorsal.

El gato volvió la cabeza y empezó a olisquear el aire. Los ojos se le abillantaron más mirando a Roy. Sacó la lengua y se relamió al olor del pescado. Entonces empezó a dar la vuelta.

—Cuidado, «Abelardo», un falso movimiento puede costar la vida del artista...

El gato pareció comprenderlo y se movió muy lentamente, pero por fin terminó de volverse, soltó un maullido y empezó a acercarse a Wade.

En ese momento uno de los pies de Roy le falló y tuvo que abrazarse al mástil y renunciar a atrapar al gato. El mástil dio un crujido pero el gato no cayó, ya estaba junto a Roy, le pegó un lametón en la cara y le olisqueó el cuello.

Roy sintió cosquillas pero no podía moverse, por temor a que el gato perdiese el equilibrio.

Se fue encogiendo poco a poco echándose hacia atrás, y cuando logró apoyar por fin el pie en el mismo sitio que antes, levantó un brazo y atrapó al minino contra su pecho.

Lou entró en acción y metió la mano por entre los barrotes aferrando a Roy por el borde de la chaqueta. Tiró de él y poco después Wade pudo entrar en la terraza donde se encontraba la vieja.

La señora Van der Brunten dejó el vaso de *whisky* vacío sobre una mesa y abrazó a «Abelardo», besándole repetidamente en la cabeza.

Lou también entró en el departamento de la vecina y dejóse caer en una silla extensible.

Roy se enjugó el sudor de la cara con el pañuelo.

—Es usted todo un héroe, muchacho —dijo la señora Van der Brunten—. Haré que le levanten una estatua en el parque de mi residencia. Le diré también a mi primo John que bautice con su nombre a uno de sus tulipanes.

—Muchas gracias, señora Van der Brunten. Sus palabras me conmueven tanto, que estoy a punto de echarme a llorar. Pero, cambiando de tema, ¿qué hay de los diez mil machacantes?

—¿Cómo?

—Dijo que me daría diez mil dólares si le salvaba al gato.

La vieja arrugó el ceño.

—Usted entendió mal, amigo mío. Dije dos mil. Son palabras muy parecidas.

Lou pegó un codazo a Roy.

—Tómalos.

Wade dio un suspiro mirando al mástil donde había corrido su aventura.

—Corriente, señora Van der Brunten. Escupa esos dos mil, pero no cuente conmigo para la próxima vez que «Abelardito» se la juegue.

La señora Van der Brunten soltó una carcajada.

—Es usted muy divertido. ¿Cuál es su nombre?

—Roy Wade y mi amigo, Lou Sanders.

—Ahora mismo le traigo los dos mil dólares.

—Por favor, señora, si puede ser en efectivo, se lo agradeceré.

—Tengo justamente los dos mil dólares o un poco más.

La señora Van der Brunten salió de la terraza y entró en su dormitorio.

Mientras abría un cajón del armario, unos pies calzados con zapatos negros se movieron tras unas cortinas, pero la señora Van der Brunten no los podía ver porque estaba de espaldas.

Extrajo del bolso un gran fajo de billetes y salió del dormitorio.

Las cortinas se movieron levemente y luego quedaron quietas.

La señora Van der Brunten regresó a la terraza.

—Cuéntelos, señor Wade, pero creo que están los dos mil dólares.

Roy contó el dinero.

—Le sobran cinco pavos, señora Van der Brunten.

—Oh, es usted muy honrado, señor Wade —dijo Eloísa y aceptó los cinco dólares.

Roy lanzó un silbido al ver los anillos que exhibía la vieja en sus dedos. Eran tres, uno de ellos de platino montado en brillantes.

—Diablos, abuela, usted debe apalea los millones como yo el carbón cuando trabajaba en las minas de Pensilvania.

—Qué gracioso, quizá usted trabajó en mis pozos. Según mi administrador, soy dueña de la mitad de las minas de carbón de aquel rinconcito. Pero estos brillantes no salieron de allí, sino de mis pozos de Rodesia —se quitó un anillo, pero no fue el de platino, sino otro que Roy justipreció en unos mil dólares.

—Tómelo, amigo —dijo alargándolo a Lou—. Acéptelo como un regalo.

—No sé si debo, señora —repuso Lou y lo atrapó con mucha prisa.

—Señora Van der Brunten —carraspeó Roy haciendo una inclinación—. Ha sido un placer trabajar para usted como salvavidas.

—Oh, perdonen, todavía no les pregunté a qué negocio se dedican... ¿No han notado ustedes un olor extraño desde hace rato?

—Somos perfumistas, señora Van der Brunten, y acabamos de lograr una nueva esencia con la que nos hemos untado para hacer la propaganda.

—Es maravilloso. Huele a mar.

—Es nuestro perfume. «Sirena número cinco». Recuerda que le mandemos cinco frascos, Lou. Con portes pagados.

Roy saltó a la terraza que correspondía a su departamento y Lou lo siguió.

Sonrieron otra vez a la señora que se encontraba al otro lado con su gato, y entraron en la sala.

Otra vez Lou corrió hacia la puerta y atrapó las valijas.

—Listo, muchacho, larguémonos. Negocio hecho.

—¿No te lo dije, Lou? Acércate a la gente de dinero y tendrás

dinero.

—Pero si nos quedamos aquí, con los dos mil dólares y lo que nos den por empeñar el anillo, no tendremos ni para una semana entre propinas, comida y alojamiento.

—Sí, calculo yo que podrá ser una semana, pero ¿y los días maravillosos que vas a pasar, Lou?

En el apartamento de al lado, la señora Van der Brunten entró en el dormitorio.

—Eres muy travieso, «Abelardo» —dijo y puso al gato en la cama. Al incorporarse, la anciana quedó justamente delante de las cortinas tras las que se encontraban los pies calzados con zapatos negros.

Ahora, por la parte superior, salieron unas manos también negras, porque estaban cubiertas con guantes de ese color. Los dedos manejaban un cordón de color azul brillante, que de pronto pasó por encima de la cabeza de la señora Van der Brunten y luego las manos se cruzaron rápidamente.

El lazo empezó a ahogar a la anciana, la cual abrió la boca para tragar aire, pero las manos negras apretaron despiadadamente.

Los ojos de la señora Van der Brunten se desencajaron y su cara se puso lívida.

El gato se levantó de la cama y soltó un maullido, mirando a su dueña.

El cuerpo de la señora Van der Brunten se relajó, entonces las manos dejaron de presionar y la anciana se desplomó en el suelo.

El gato soltó otro maullido.

CAPÍTULO II

Dos mozos entraron en la *suite* empujando sendas mesas rodantes, sobre las que descansaban los platos solicitados por Roy.

—Por favor —dijo Wade—, llévenlo a la terraza.

Cuando los mozos hubieron terminado de prepararlo todo, Roy sacó su grueso fajo de billetes y dio a cada uno diez dólares, lo cual provocó una riada de sonrisas, reverencias, antes de que los fámulos se retirasen.

—Roy, ¿te has dado cuenta que a veces hemos comido durante una semana con veinte dólares?

—Sé generoso en la riqueza y derrochador en la miseria.

—El que dijo esto no tuvo en su vida el estómago vacío, Roy.

—Bueno, muchacho, ¿por dónde empezamos?

—No he comido nunca langosta.

—Por eso la pedí. Alguna vez debía ser la primera.

—Pero no sé por dónde atacarla.

—Utiliza los dedos, no te preocupes. Estamos en familia.

De pronto la puerta del apartamento se abrió y oyeron entrar a varias personas.

Permanecieron inmóviles un rato.

—Ya sé lo que pasa —dijo Lou—. Esos mozos han corrido la voz de que das propinas de diez dólares y toda la servidumbre del hotel quiere atender este departamento... o quizá vengan a proponernos como jefes de su sindicato.

Entró en la terraza un hombre de nariz arrugada y cabello canoso. Se cubría con un traje oscuro. Tras él lo hicieron dos tipos también fuertes, de gesto huraño. Y por último aparecieron dos agentes de uniforme.

Lou se quedó con la boca abierta, mirando la numerosa

comitiva.

Por su parte, Roy los recibió con una sonrisa.

—Llegan demasiado tarde, amigos. Ya fue salvado el gato.

El hombre de la nariz arrugada, enseñó los dientes en algo que quería ser también una sonrisa.

—¿Son ustedes Roy Wade y Lou Anders?

—Yo soy Roy Wade, amigos.

—Teniente Maximilian Sullivan, de la División de Detectives, y no soy su amigo.

—Bueno, Max, llega a tiempo. Coma lo que quiera, mientras sus hombres registran el apartamento.

—¿Por qué cree que han de registrarlo, señor Wade?

—Imagino que buscan un ladrón. Debo decirles que no se encuentra aquí, pero de todas formas, cumplan con su deber. Tienen mi autorización.

—Es usted muy amable, rey del bacalao.

Lou dejó escapar un gemido.

El teniente se apoyó en la mesa, a media distancia entre los dos amigos.

—Debo aclararles algo, compañeros. Trabajo en la Brigada de Homicidios —hizo una pausa. Ho-mi-ci-dios.

—Es bonita su especialidad, teniente —asintió Roy—. Capturar a los que matan.

—Sí, señor Wade, resulta muy hermoso atrapar a un culpable y llevarlo a la silla eléctrica. Pero hay cosas desagradables, en nuestra profesión, por ejemplo ver a una anciana de ochenta años estrangulada.

Una luz roja se encendió en el cerebro de Wade.

—Tiene razón, teniente, es horrible. Un hombre que mata a un anciano debe recibir un castigo especial. La silla eléctrica es poco para él.

El teniente estaba mirando la mano izquierda de Lou.

—Lleva usted un anillo muy bonito, señor Anders.

—Un regalo de familia, teniente. Perteneció a tía Carlota.

—Es magnífico eso de tener en la familia a una tía que se acuerde de nosotros... ¿Y usted, señor Wade? ¿No tiene una tía que le haya dejado algo?

—No, teniente. Estoy solo en el mundo. Quédé huérfano muy

pequeño y no he conocido a ningún familiar...

—Qué pena...

—Yo no me quejo, teniente. Sé arreglármelas solo.

—Y de qué manera, ¿eh, señor Wade? —El teniente descargó un mazazo sobre la mesa e hizo saltar tres fuentes—. ¡Basta ya, Wade! ¡Los hemos atrapado con las manos en la masa! Es vergonzoso que hayan hecho esto. ¿Hasta qué punto ha podido llegar su sadismo? ¡Asesinar una vieja!

Lou dio un salto.

—¿Qué es lo que está diciendo, Wade? ¿De qué vieja habla?

Roy dio un suspiro, mirando a la terraza vecina.

—Me temo que se refieren a nuestra amiga, la señora Van der Brunten.

—Exacto, señor Wade —convino el teniente, enseñando otra vez los dientes—, me refiero a la señora Van der Brunten, a quien ustedes han estrangulado con el cordón de una cortina.

—Oh, no, teniente —exclamó Lou—. Cuando nos separamos de la señora Van der Brunten, estaba vivita y coleando.

—Admiten que estuvieron en su departamento.

—Sí —contestó Wade.

—¿Por dónde entraron?

—Por la terraza.

—Magnífico, señor Wade. Ahora le falta saber una cosa. Nadie más entró en el apartamento de la señora Van der Brunten durante las últimas ocho horas, porque ella había cerrado por dentro. La señora Van der Brunten había rogado a la dirección que le llevaran un vaso de leche con galletas a las nueve de la noche. El mozo estaba provisto de la correspondiente llave y, cuando llegó al apartamento, se encontró con el cuadro. La señora Van der Brunten estaba tendida en el suelo de su dormitorio. Muerta...

—¡No hemos sido nosotros! —gritó Lou.

—¿No? ¿Y a quién quieren culpar, señor Anders?... No me diga que fue cosa del gato.

Wade se rascó la patilla.

—Teniente, le aseguro que se equivoca.

—Son un par de buenos puntos. Todo lo prepararon bien. Uno de ustedes llamó al hotel haciéndose pasar por un supuesto secretario que había olvidado reservar una habitación para un

supuesto rey del bacalao. Usted, señor Wade, tenía un invitado, Lou Anders. Habían hecho pesca de altura en su yate... Me reiría a mandíbula batiente si el asunto no fuese tan trágico. He tropezado con asesinos cretinos en mi vida, pero jamás con dos como ustedes. Se meten en esta habitación, liquidan a la vieja y la despojan de un anillo y de un buen montón de dinero que hemos encontrado a faltar en el bolso.

—¿Quién le ha dicho lo del dinero?

—El jefe de Relaciones Públicas del hotel. Trajo esta mañana a la señora Van der Brunten dos mil dólares que le había pedido. El señor Flagger vio cómo guardaba el dinero en su bolso y en él solo hemos encontrado ahora doce dólares. El anillo está en la mano de su colega, señor Wade, y me juego la insignia a que el dinero lo tiene usted.

—Se ha ganado la insignia, teniente. Efectivamente, el dinero lo tengo yo, pero no lo robé a la señora Van der Brunten. Ella me lo dio y también regaló a Lou el anillo.

—¿Sí, señor Wade? ¿Por qué les regaló ella dos mil dólares y un anillo? No me digan que eran amigos de toda la vida, que siendo pequeños los acunó en su regazo y que, ahora, al encontrarse después de tanto tiempo, quiso hacerles un regalo.

—Le salvé el gato.

—¿Eh?

—El gato iba a caerse a la calle, había saltado al mástil.

—Pensé que sería un poco más original, señor Wade.

—Sabía de antemano que no me iba a creer, pero es la pura verdad, teniente. Mientras el gato estaba en el mástil, la señora Van der Brunten me llegó a prometer diez mil dólares si salvaba a su «Abelardo».

—Oiga, Wade, no está bien hablar mal de una anciana, especialmente si ha sido asesinada, pero he de decirle una cosa. La señora Van der Brunten tenía fama de avara. Llevaba seis meses viviendo en el hotel y, aparte de pagar su alojamiento, jamás daba a los empleados una propina superior a un dólar. Centenares de personas a lo largo de su vida han intentado conseguir algo de la señora Van der Brunten, pero nadie logró perforar la coraza de que se hallaba cubierta. ¿No sabía todo esto? Naturalmente, ustedes no conocían a la señora Van der Brunten, porque jamás se han movido

en su esfera. Son dos pillos de tres al cuarto, dos fulanos que entraron aquí mediante engaño. El único bacalao que han visto en su vida es el que han comido en cualquier figón de a cincuenta centavos el cubierto.

—¿Ya ha terminado, teniente?

—Sólo falta el final.

—¿A qué se refiere?

—Todas las pruebas les apuntan, no tienen salvación, pero yo quiero comportarme bien con ustedes.

—Muchas gracias, teniente.

—Confiesen y, una vez firmada su declaración, los recomendaré al fiscal del distrito.

—No espere eso de nosotros, teniente.

—No, ¿eh?

—No hemos matado a nadie.

El teniente apuntó a Wade con el dedo.

—¡Regístrenlo, muchachos, y usted, Anders, entrégue el anillo!

Los dos hombres de gesto huraño corrieron hacia donde se encontraba Wade, el cual levantó los brazos.

—Nada de tercer grado, muchachos. Pueden registrarme con entera libertad.

Uno de los hombres se dedicó a la chaqueta y el otro a los pantalones. Fue éste quien encontró el grueso fajo de billetes.

—Aquí está el dinero, teniente.

—Cuéntelo, Andy —dijo Sullivan guardando el anillo de Anders.

—Mil ochocientos ochenta dólares.

—Justo lo que nos han dicho los mozos que trajeron la comida. Cada uno de ellos recibió diez dólares de propina. En total hacen los dos mil.

—Aquí hay un dólar cincuenta —dijo el hombre que se había ocupado de la chaqueta—. Y ya no tiene más dinero.

El primer tipo sacó la cartera de Roy.

—Aquí está el permiso de conducir y unas cuantas tarjetas comerciales. Debajo de su nombre dice: «Agente de Publicidad de La Antorcha».

—¿Es su ocupación actual, Wade? ¿La publicidad?

—Hasta hace dos días.

—Ya entiendo, a partir de entonces decidió dedicarse a otros negocios más lucrativos.

—Somos dos personas honradas —intervino Lou—. Dos honestos trabajadores. Pueden preguntar a nuestro jefe Joseph Greenough.

—Deme su número de teléfono.

—Con mucho gusto, teniente —dijo Lou, y se lo dio.

El teniente salió a la terraza pero antes de hacerlo, dijo:

—Vigílenlos atentamente.

—Sí, muchachos, vigílenlos —dijo Wade—. No vaya a ser que tratemos de descolgarnos hasta la calle.

El teniente no debió utilizar el teléfono del departamento sino el de alguno de los dormitorios.

Roy le metió mano a la langosta.

—Come, Lou. Está riquísimo.

—He perdido el apetito.

—El teniente se convencerá de nuestra inocencia en cuestión de minutos.

—¿Por qué nos ha de pasar a nosotros esto?

El teniente regresó y puso los brazos en jarras.

—Dos tipos honestos, ¿eh?... Acabo de hablar con su jefe. Me ha dicho que son los fulanos más trapisondistas que ha tenido a sus órdenes.

—No se fíe de él, teniente —dijo Roy—. Nos tiene ojeriza. Sabía que nos pondría perdidos.

—Oiga, Roy, si ha terminado con la langosta, póngase en pie. Nos vamos.

—¿Adónde?

—A su palacio, pero excepcionalmente nos permitirá que utilicemos la mazmorra para acogerlos.

—Quiero hacer una objeción, teniente.

—Objeción rechazada.

—Sólo pretendo que me aclare una cosa.

—¿El qué?

—¿Conservaba los demás anillos la señora Van der Brunten cuando la encontraron cadáver?

—Sí.

—En ese caso, entre ellos habrá visto uno de platino con brillantes, cuyo valor pasará de los cuatro mil quinientos dólares. Y

también otros dos y una pulsera de oro además de un broche con dos zafiros y una esmeralda que ajustaba el escote de su vestido. ¿Conserva también eso, teniente?

—Sí.

—Pues ahí lo tiene. Si la hubiéramos asesinado nosotros, ¿por qué infiernos le íbamos a dejar con las demás joyas?

El teniente se quedó un rato con la boca abierta pero al fin la cerró de una dentellada.

—Ésa es su coartada.

—¿Eh?

—Usted mismo lo acaba de decir ahora, ¿por qué iban a matarla ustedes si se lo pudieron llevar todo?

—Hay otra cosa, teniente, nos quedamos aquí y encargamos nuestra comida.

—Forma parte de la misma coartada. Los hubiéramos atrapado en menos de una hora, porque teníamos su descripción, sus nombres.

—Nos inscribimos con los verdaderos, no con nombres supuestos... Oh, sí, no lo diga, también forma parte de nuestra coartada.

—Estupendo, Wade. Empezamos a comprendernos.

—Está cometiendo un grave error, teniente.

—Gracias por el aviso, señor Wade, pero si no le parece mal, continuaremos esta amena conversación en la comisaría.

—Vamos, Lou, el teniente está empeñado en que nos hagamos una foto.

—¿Te refieres a esas que hacen con un número debajo, de frente y de perfil?

Roy hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Uno de los policías abrió la puerta de comunicación del apartamento y el señor Flagger, jefe de Relaciones Públicas del hotel Carlos VIII, casi se dio de bruces, porque se disponía a entrar como un ciclón. Su cara estaba roja como una guinda.

—Señor Wade, ¿es cierto lo que me acaban de decir en la dirección? ¿No es usted el rey del...?

Roy le dio dos palmadas.

—Acabo de ser destronado, Flagger. Pero no se preocupe, volverán los buenos tiempos. Entretanto, sírvase otra propina de

diez machacantes.

El señor Flagger se tambaleó a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

Los policías, dos de los cuales transportaban las valijas, y sus detenidos, bajaron en el ascensor y cruzaron el amplio *hall* hacia la calle.

Los dos botones que habían recibido la propina de cinco dólares hicieron sendas reverencias al paso de los generosos huéspedes.

Al llegar a la acera, Roy tropezó con el galoneado conserje, que empezó a olfatear como un perro de presa.

—Otra vez ese olor... Debe ser cosa de los desagües...

De pronto se oyó chirridos de frenos y, como por arte de magia, apareció ante la marquesina un coche de ocho metros de manga que Roy ya conocía.

Tony Stone se levantó desde el volante. A su lado había un hombre de cabello rubio.

—Eh, amigo, aquí le traigo a Willy para que le compre los cuatro coches.

Roy dirigió una rápida mirada a Lou y éste le comprendió sin necesidad de que le dijese nada.

Los dos a una se volvieron contra los agentes que los sujetaban del brazo soltándoles sendos puñetazos en el plexo solar.

Los agentes se derrumbaron sobre sus compañeros.

Inmediatamente, Roy y Lou saltaron al asiento trasero del enorme descapotable.

—¡Vamos, Tony, arranca!... ¡La araña nos persigue!

Stone lanzó un grito y arrancó a su manera.

Roy tuvo la impresión de que las ruedas se llevaban parte del pavimento.

El vehículo adquirió una fulgurante velocidad en pocos segundos. Dobló por la primera bocacalle y un coche que venía en dirección contraria se apartó bruscamente, subiéndose a la acera para evitar la colisión.

—Nos vamos a matar, Roy —dijo Lou.

Tony siguió corriendo como si tratase de ganar una carrera de bólidos.

Willy, el agente de venta de coches, se había hundido en el asiento aterrorizado, sujetándose el sombrero con las manos.

Roy tocó las espaldas de Tony.

—Eh, muchacho, para en la próxima esquina.

Stone obedeció y entonces Roy saltó seguido de Lou.

—Gracias por el viaje, Stone —se despidió Roy—. Ya nos veremos.

—Eh, muchacho, aquí está Willy para lo de los coches.

—Otro día, Tony. Esta noche he de comprar la Standar Oil Company.

Los dos amigos apretaron el paso y doblaron por la próxima calle.

Ninguno de ellos rompió el silencio hasta al cabo de un rato y fue Lou el primero en hacerlo.

—Roy, ¿cómo has pensado que escapemos de la ciudad?

—De ninguna manera.

—¿Eh?

—Nos quedaremos, Lou.

—Pero ¿es que no oíste al teniente? ¡Nos atraparán en menos de una hora!

—Quizá no.

—Pero ¿por qué quieres quedarte?

—Sólo tengo una razón. Para atrapar al asesino de la señora Van der Brunten.

CAPÍTULO III

—Tengo hambre, Roy.

—Ahora tendrás que soportarla un poco, muchacho. Recuerda que la policía también nos quitó el dólar cincuenta.

—Nunca nos hemos encontrado en la más completa miseria como ahora.

—Consuélate pensando que has estado en la *suite* «Napoleón» del hotel Carlos VIII, que has poseído un anillo de mil dólares y que tuvimos dos mil machacantes en el bolsillo, además de una mesa provista de langosta y todo lo demás.

—Eso es verdad, Roy, pero... ¡Infiernos, sólo duró unos minutos! Fue visto y no visto. Como si hubiese sido un sueño.

—Pellízcate y comprobarás que fue cierto.

—Lo único que ha quedado de eso es una acusación de asesinato... ¡y nosotros somos las dos piezas por cazar!

Roy pegó con el codo a su amigo para que agachase la cabeza.

—Ahí tienes un agente.

Lou dio un respingo pero agachó la cabeza.

Oyeron una voz a sus espaldas.

—¿Se dio cuenta de qué olor, agente? Debe ser la pescadería de Tomaso. Siempre dije que ese tipo vende género pasado...

Cuando se habían alejado unos diez pasos del agente, Lou habló con voz lúgubre.

—¿Lo has oído, Roy? Nuestro olor nos delata. No pudimos ofrecer una pista mejor a la policía.

—No te preocupes, lo solucionaré enseguida.

—Se me ocurre una idea, Roy. Despojémonos de las chaquetas y los pantalones en el primer callejón y echemos a correr en paños menores. Quizá nos confundan con atletas.

—Los atletas no se entrenan de noche por la calle.

—Tienes razón. No tenemos escapatoria.

—Vamos, muchacho —dijo Roy, torciendo por una esquina.

—¡Eh, Roy, ésta es la calle Cuarenta y Nueve, y aquí está el hotel Floriot!

—Justo, nuestro destino.

—¿Sabes lo que dices? Es como si nos encerrásemos nosotros mismos en una trampa. Ivette nos venderá a la policía.

—Déjalo de mi cuenta, muchacho.

Entraron en una casa con una fachada descolorida. Un pequeño tubo fluorescente arrojaba luz sobre un cartel en el que se leía «Hotel Floriot». Y debajo, con letras despintadas se agregaba: «Cómodo y Selecto».

Pisaron una raída alfombra tras la que se encontraba ciento veinte kilos de mujer y cuatrocientos gramos de pintura desparramada por una cara de grandes mofletes.

Al fondo había una escalera por donde la raída alfombra ascendía cansadamente convirtiéndose en harapos.

—¡Ivette! —exclamó Roy abriendo los brazos mientras avanzaba hacia el registro.

Ivette apartó los ojos de la página de las carreras y al observar al hombre que la llamaba los agrandó más.

—¡Vosotros!... Lo leí en mi horóscopo de esta mañana, pero no me lo quería creer... «Muy probable desgraciada sorpresa».

—No se refería a nosotros, Ivette —repuso Roy en el mismo tono jovial.

—Está a punto de terminar el día y hasta ahora todo resultó agradable.

—No pierdas la esperanza de que se cumpla el horóscopo, Ivette —intervino Lou con voz lúgubre—. La poli...

Se interrumpió al recibir otro puntapié en el tobillo.

—Ivette, nuestra habitación de siempre —dijo Roy, y ya se había puesto a rellenar la hoja.

Ivette poseía un cabello rubio, pero eso sólo era temporal. Era rojiza, morena o conservaba su cabello natural castaño, según la estación del año.

—No hay habitación para los parásitos —dijo.

—Los parásitos ya están en el cuarto y no los puedes echar —

dijo Roy.

Ivette sacó una libreta de un cajón.

—Me quedasteis a deber quince dólares la última vez que os llegasteis aquí.

—Cobrarás tus quince dólares y lo de ahora.

—Al contado.

—Naturalmente.

—¿Dónde están los billetes?

—Ivette, sólo estaremos dos días en la ciudad. Eso significa seis dólares más. ¿Te vas a arriesgar a no cobrar esos quince dólares contra la posibilidad de ingresas veintiuno? Siempre fuiste jugadora.

—Eso quiere decir que no tienes ni un centavo.

—Pero tendrás dinero fresco dentro de las próximas veinticuatro horas. Veintiuno contra nada.

Ivette titubeó. Wade la atacaba en su punto flaco. Era una jugadora impenitente.

Al fin, Ivette tomó la llave y la arrojó sobre el pecho de Roy que la cazó al vuelo.

—Sólo esperaré hasta mañana y si no me habéis pagado, a la calle. Oye, ¿dónde os metisteis?... Oléis a demonios.

—A propósito, Ivette, sé que tienes en una habitación una veintena de valijas de los huéspedes que se han largado sin pagar.

—Sí, tengo muchas valijas llenas de ladrillos.

—Sí, pero en algunas de ellas habrá algún traje y necesitamos dos mientras nos limpian en la tintorería los que llevamos puestos...

—La respuesta es no.

—Tres dólares más por cabeza a cuenta del alquiler de cada traje por veinticuatro horas. Eso hace un total de treinta y dos o nada.

Era tentar demasiado la codicia de Ivette para que no transigiese.

Dio media vuelta y, apartando unas cortinas, se introdujo en sus habitaciones.

—¿Crees que con eso vamos a adelantar algo, Roy? —dijo el grandullón—. Ella accede a todas tus ofertas porque todavía ignora la clase de lío en que andamos metidos, pero cuando lo sepa, seremos hombres al agua.

—Ivette tiene un gran corazón.

—El de un puma.

Oyeron trastear a la mujer y al cabo de unos minutos regresó con dos perchas de las que colgaban sendos trajes.

Roy no supo cuál de los dos era más horrible. Uno era oscuro con grandes rayas blancas, que consideró muy apto para presentarse como *chançonier* de un *cabaret* francés. El otro era a cuadros verdes sobre un fondo gris, y sólo se hubiese atrevido a ponérselo Gene Kelly para interpretar uno de sus números coreográficos.

Pero pidió al cielo que el de su talla fuese el de Gene Kelly.

—Éste es el tuyo, Lou —dijo Ivette.

Roy dio un suspiro de alivio al comprobar que el de las rayas era la talla de su amigo.

Minutos más tarde, encerrados en la habitación procedían a desvestirse. El apartamento contaba con un cuarto de baño en cuyo espejo faltaban varias capas de mercurio y cuya bañera estaba desconchada en muchas partes.

Pero había un caño de donde salía agua y una pastilla de jabón que olía a desinfectante.

Los dos amigos tomaron el baño al mismo tiempo frotándose uno a otro para desprenderse del olor a pescado que se les había incrustado en los poros de la piel.

Lavaron su ropa interior de nylon y la pusieron a secar en una ventana.

Lou se tendió en la cama,

—Dios mío, Roy, si no como algo la emprenderé a mordiscos con la almohada...

Roy paseaba por la estancia con la toalla sujeta a la cadera, fumando un cigarrillo que había extraído del escuálido paquete.

—Sólo piensas en comer.

—¿Sólo?... ¿En qué otra cosa quieres que piense?...

Roy abrió un armario y atrapó de la parte superior una guía telefónica que estaba llena de polvo. Buscó en determinada página y, cuando la hubo encontrado, se puso a buscar con el dedo.

—Bueno, muchacho, hay tres Van der Brunten. Nuestra amiga Eloísa que descanse en paz, un tal Cornelio que vive en la Quinta Avenida y una Onza.

—¿De qué?

—No hagas chistes malos, Lou. Onza es un nombre femenino, aunque también hay una especie de leopardo africano que recibe ese nombre.

Lou pegó un salto en la cama al ver a Roy atrapar el teléfono.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar a Cornelio.

—¿Es que te has vuelto loco?

Oyó a la otra parte la voz de Ivette que se encargaba también de la centralilla.

—Nena, quiero hablar con un amigo —le dio el número.

—¿Por qué no me dejas en paz ahora que lo has conseguido todo? No puedes aumentar tu cifra.

—Cuando sepas quién es la persona que está al otro lado, me pedirás perdón, Ivette. Se trata de un personaje de la Quinta Avenida.

—No me hagas reír. ¿Desde cuándo estás tú relacionado con esa gente?

—Mujer de poca fe, disca el número.

Ivette pareció titubear, pero finalmente, Roy oyó el raído característico de que estaba haciendo rodar el dial.

Cuando descolgaron a la otra parte oyó una voz servicial.

—Casa del señor Van der Brunten.

—¿Es usted el mayordomo?

—Sí, señor, soy John, el mayordomo.

—Bueno, Johnny, avisa a Cornelio.

—¿Quién llama, por favor?

—No es asunto tuyo, Johnny.

—Lo siento, pero el señor Van der Brunten no puede atenderlo en estos momentos.

—Oh, sí, está muy entristecido por la muerte de Eloísa, aunque eso suponga para él una buena lluvia de millones.

—Eh, ¿qué dice?

—Johnny, concedo un minuto a Cornelio para que se ponga y, si no, colgaré.

—Espere, señor...

—Ya ha empezado a correr el minuto.

Transcurrieron veinte segundos.

Roy oyó a la otra parte una voz que parecía salir de un ataúd.

—Cornelio van der Brunten al habla.

—Todo salió bien, compañero. Enhorabuena.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo? ¿Quién es usted?

—Usted no me conoce, pero yo a usted lo tengo más visto que a la Sofía Loren... Sé quién es el hombre que liquidó a la vieja. El muchacho tuvo un rato malo y me confesó quién lo pagaba. ¿Me hago entender o se lo escribo por carta, Cornelio?

—Es inaudito..., asombroso... Jamás en mi vida he oído mayor infamia... ¿Qué quiere dar a entender?

—No quiero seguir hablando. Recibirá noticias mías, pero, recuérdelo. Estoy al corriente de todo —dijo Roy, y colgó.

En seguida oyó la voz de Ivette.

—¡Maldito embustero!... ¡Tramposo!... Ya me habéis vuelto a meter en otro enredo con la Justicia... ¡Se trata de un asesinato!... Tú lo has dicho. No lo puedes negar.

—Oye, Ivette, te he hablado de dinero, ¿verdad? Pues bien, ya puedes suponer que pienso sacar de todo esto una buena tajada.

Hubo un silencio.

—Oh, Roy, ¿cómo no lo he pensado antes?... Te entiendo perfectamente. Te han llegado informes y quieres sacar rendimiento. Lo único que pretendes es...

—No lo digas, Ivette, es una palabra muy fea. Anda, Ivette, disca otro número —le dio el de Onza Van der Brunten.

Ivette disco sin vacilar.

Al otro extremo del cable zumbó la señal hasta cuatro veces antes de que descolgasen.

—¿Sí? —dijo una voz áspera.

—Quiero hablar con Onza.

—Y yo también. Ya somos dos... ¿Quién es usted?

—¿Y usted?

—Yo pregunté antes.

—Louis Glenville —dijo Roy.

—No he oído hablar nunca de usted.

—Dígame su nombre a ver si yo he tenido más suerte.

—Jonathan Carrington.

—Oh, sí, el de la floristería del barrio portorriqueño... Conocía a su padre, Jonathan. Tenía unos largos bigotes... ¿Se los cortó ya?

—¿Qué está diciendo, estúpido? Soy Carrington, el de los

turborreactores de la «Carrington Company».

—Oh, sí. Lo siento, ahora recuerdo que mi tío le hizo un pedido de seis encendedores...

—¿Seis qué...?

—Hablemos de Onza, que es de lo que los dos entendemos.

—Oiga, amigo, continuó sin saber quién es usted, pero no consentiré que se interponga en mi camino. Voy a casarme con Onza, ¿lo oye? Y si es usted el rubio con el que últimamente ha salido ella, le aseguro que le aplastaré las narices la próxima vez que lo descubra al lado de ella. ¡Y ya puede estar seguro que lo haré, aunque esté en el «Hector Club»!

—Es usted un tipo con suerte.

—Gracias.

—No lo decía porque se vaya a casar con Onza, sino por haber conseguido al fin eliminar a Eloísa Van der Brunten. Buen pájaro está usted hecho. Liquidó a la vieja para que Onza se cargase de millones antes de que les echasen la bendición.

—Oiga, ¿de qué está hablando? ¿Se ha escapado de un manicomio o hizo la llamada desde el interior?

—De modo que no sabe lo que le ocurrió a Eloísa.

—Si se refiere a la abuela de Onza le diré que ignoro le haya ocurrido cualquier cosa.

—Entonces, consulte con la policía —dijo Roy, y colgó otra vez.

Lou se había cubierto los oídos con la almohada para no escuchar.

Wade atrapó su ropa de nylon. Todavía estaba un poco húmeda, pero se la puso. Luego se colocó el traje a cuadros. Al verse en el espejo se dijo que tenía mucha suerte en que fuese de noche. No llamaría más la atención por las calles que si Elizabeth Taylor fuese bailando por la acera la danza del vientre en su caracterización de Cleopatra.

—¿Dónde vas, Roy?

—A trabajar en el asunto pero descuida, vas a comer enseguida. De eso me ocupo yo. Convenceré a Ivette para que te suba una bandeja bien repleta.

—Prefiero ir contigo.

Roy miró el traje a rayas que estaba sobre una silla y cerró los ojos.

—No, Lou, no nos conviene ir juntos. Recuerda que tienen la descripción de los dos. Me será mucho más fácil pasar desapercibido si voy solo.

—Tienes razón, Roy.

—Dios te oiga —dijo Wade por lo bajo, mirándose en el espejo mientras se dirigía hacia la puerta—. Volveré tan pronto como pueda, muchacho.

Abajo, Ivette lo recibió con una sonrisa.

—Con ese traje me recuerdas a mi tercer marido.

—¿No murió cuando la Ley Seca?

—Oh, no, Roy, fue un héroe. Cayó en

Iwo-Jima.

Un general me puso en el pecho la medalla que Ricky se ganó frente a los japoneses.

—Súbele a Lou una buena ración de pienso.

—Eso va a sumar cincuenta dólares...

—Está subiendo muy aprisa..., pero estoy conforme si me largas veinticinco.

—Ni hablar.

Roy le guiñó un ojo.

—Voy a entrevistarme con el pez gordo y no tengo un centavo. También he de hacer otros gastos.

Ivette abrió un cajón y extrajo unos cuantos billetes. Roy los contó. Eran diez dólares.

—Se acabó el crédito —dijo Ivette antes de que él fuese a protestar.

CAPÍTULO IV

Roy salió a la calle y tomó el primer taxi que encontró en su camino.

El conductor hizo una mueca al ver el traje con el que Wade se cubría.

—No me diga más, hermano, ¿en qué local actúa?

—En el «Tobogán».

Era un local nocturno de pésima nota y el conductor lanzó un silbido.

—¿Es verdad lo que pasa allí después del cierre, compañero?

—Es mucho peor de lo que le han contado.

—Oiga, ¿no podría ir yo...? Usted ya me entiende...

—Bueno, hay cosas que no se pueden hacer —repuso Roy, arrellenándose en el asiento—. Usted se lo contaría a sus compañeros...

—Oh, no, soy una tumba. Mi mano izquierda no sabe lo que hace la derecha.

—Quizá le pueda arreglar un pase para el jueves.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

Diez minutos más tarde llegaban al «Tobogán».

El conductor le guiñó un ojo al pasar por frente al callejón vecino al local.

—Lo esperaré ahí a las diez y media, ¿eh, amigo?

—¿Qué le debo?

El taxímetro marcaba dos dólares veinticinco.

—Nada, amigo. Fue un placer traerlo aquí.

Roy entró en el «Tobogán», bajando por una escalera de caracol. La atmósfera estaba llena de humo y la sala atestada de público.

Roy se abrió paso a codazos hasta llegar al bar que contaba con

un mostrador semicircular. Fue a la esquina más alejada donde había un hombre sentado en un taburete, la espalda apoyada en la pared, a quien hacía compañía una rojiza de hermoso cuerpo.

—¿Cómo estás, Greco? —dijo Roy.

—Infiernos, pero si es Wade. ¿De dónde sales, muchacho?

—Me enrolé en un circo.

—¿Cómo fue eso?

—Entré en el despacho de un agente artístico para sacarle un contrato de publicidad y, después oírme, me dijo que mi voz era una combinación de Elvis Presley y del ruido que produce un hombre pisando cristales rotos.

—Oh, eso es maravilloso —dijo la pelirroja—. Cántenos algo.

Fue a llevarlo hacia la orquesta, pero Roy la detuvo.

—Lo siento, nena. No actúo por menos de quinientos por representación. Cosas de mi representante, pero un día de éstos iré por su apartamento para cantarle una nana.

La pelirroja lo miró con la cabeza ladeada.

—Oye, Greco, creo que tu amigo me parece un fresco fuera de serie...

—No sabes lo mejor, Helen —dijo Greco—. Cierta vez propuse al Departamento de Estado que enviasen a Roy Wade al Congo para enfriar los ánimos.

Helen sonrió a Wade poniéndole una mano en el hombro.

—Creo que tú y yo congeniaremos. Perdona, pero es mi número...

Cuando la joven se hubo marchado, Roy habló a Greco.

—Oye, chico, sólo vine para hacerte una consulta. Tuve en cuenta que eras cronista de lo que pasa en esta clase de tugorios.

—¿Qué quieres saber?

—¿Dónde podría encontrar a Onza Van der Brunten?

—¿Tú has ligado a esa clase de gente...? Has descendido mucho.

—Tengo prisa, Greco. Dímelo.

Greco se echó a reír.

—Onza Van der Brunten... ¿Sabes que es una mujer peligrosa, Roy? De un zarpazo podría destrozar a un hombre.

—No creo que con mi traje se atreva a acercarse más de un metro.

Greco consultó su reloj.

—En este momento, Onza quizá se encuentre en cierto local de la calle Veintidós, pero no te dejarán entrar.

—Dame la clave mágica.

Greco metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta roja.

Roy fue a atraparla, pero Greco la retiró.

—Son cinco dólares, hermano.

—Me parece bien, Greco. —Roy tomó la tarjeta roja—. Descuéntalos de los cien que me has de pagar por la información exclusiva que te daré dentro de unas horas.

—Siempre con tus artimañas, ¿eh, Roy?

—No digas eso, Greco, ya sabes que siempre pago. Dile a Helen que pasará a verla un día de éstos.

Camino de la escalera de caracol, Roy comprobó que en la tarjeta roja estaba la dirección completa.

El edificio de la calle Veintidós era de piedra gris y se llegaba a la puerta subiendo por una escalera de seis peldaños.

Roy tocó un timbre y poco después la puerta le fue abierta por un hombre de mejillas chupadas y nariz aquilina.

Roy le entregó la tarjeta y, sin darle tiempo a que Jo observase mucho, pasó por su lado encaminándose hacia un salón de donde salían risas y voces.

Cuatro negros improvisaban un ritmo de *jazz*, pero era muy difícil escucharlos debido al alboroto que reinaba allí. Ninguna pareja bailaba, pero todas parecían haberse puesto de acuerdo para hablar al mismo tiempo. Y lo hacían a gritos.

Casi todos los clientes tenían vasos en la mano.

Roy pasó revista al personal y luego se dirigió hacia el fondo, donde habla una puerta que comunicaba con otra sala.

Vio a un tipo en un sillón con las manos cruzadas sobre el pecho como si estuviese en éxtasis, una pelirroja que andaba a cuatro patas buscando a un hombre llamado Holl, a un muchacho que se había desprendido de la chaqueta y de la camisa y que, acucillado en el suelo, con las piernas cruzadas, golpeaba un tambor. Otro tipo tocaba un piano. Media docena de hombre rodeaban a una mujer, pero sólo pudo ver de ésta un trozo de su cabeza. Era rubia.

De pronto, la chica se alzó al piano y arrojó sus zapatos al aire. El del piano cambió el ritmo de la pieza, un *blue*, por algo más moderno, un *twist*.

La rubia se puso a danzar y lo hacía tan extraordinariamente bien que se ganó la atención de todos.

Roy le concedió unos veintitrés años, poseía un rostro muy atractivo de ojos verdosos, rasgados, pómulos un poco salientes y labios gruesos. Quizá estaba un poco delgada, pero había llenado los lugares que debía llenar.

—¡Bravo, Onza! —exclamó un hombre, palmeando.

De modo que era ella. Onza Van der Brunten, la chica con la que Jonathan Carrington, el de los turborreactores, se quería casar, la nieta de la anciana estrangulada en el hotel Carlos VIII.

El baile se prolongó durante unos cinco minutos, y finalmente, la joven se desplomó encima del piano, agotada, riendo.

Un hombre se acercó a ella con una copa de champaña, cuyo contenido la muchacha bebió entrecortadamente.

De pronto ocurrió algo que a Roy le produjo asombro. Los hombres que rodeaban a Onza empezaron a codearse entre sí y se fueron apartando de la muchacha. Todos miraron hacia la puerta y Roy, por no ser menos, también miró en aquella dirección. Justo en el hueco había un hombre moreno, guapo, de ojos que miraban con crueldad y cuyos labios sensuales se curvaban en una mueca de sarcasmo.

En apenas cinco segundos, Onza quedó sola, sentada sobre el borde del piano. Se dejó caer abajo, todavía descalza.

—Mis zapatos —dijo, pero nadie se movió por ellos, ni siquiera el tipo duro que había aparecido en el hueco.

Roy se puso en movimiento, tomó un zapato que estaba muy cerca de él, luego el otro, un poco más lejos, y con los dos en la mano, se acercó a la joven.

—Sus zapatos, señorita.

Ella lo miró parpadeante.

—Gracias, ha sido usted muy amable.

—Ahora, márchese.

—¿Por qué? ¿No le agrada mi compañía?

—No se trata de eso. ¿Es que no vio a los demás?

—Sí, me recordaron mis tiempos de niño. Nos juntábamos una pandilla de diez o doce en la calle y nos poníamos a jugar. De pronto aparecía un fulano que medía casi dos metros. Estaba casi siempre borracho y la emprendía a golpes con nosotros en cuanto

podía darnos alcance. Su aparición producía la desbandada.

—Celebro que recuerde aquello porque ya tiene una — experiencia. Haga lo mismo que entonces... Ya ha aparecido el hombre de los dos metros.

Roy miró en su derredor dejando resbalar la mirada por el hombre que había aparecido en el hueco.

—No veo a ninguno. Onza.

—¿Me conoce?

—Oí su nombre cuando le aplaudían. Soy James Baring. Jimmy para ti.

La joven miró por encima del hombro de Roy.

—Jimmy, ya viene ahí. Márchate.

Roy no volvió la cabeza. Esbozó una sonrisa.

—¿Te molesta este tipejo, Onza? —dijo una voz ronca.

Wade miró al hombre que estaba a su lado. No medía los dos metros, pero estaría muy cerca de ellos y parecía muy fuerte. Poseía un pecho atlético, cintura estrecha y caderas escurridas. Roy se dijo que en bañador daría una buena planta.

—¿De qué tipejo habla, tipejo?

El hombre guapo enarcó una ceja, la derecha. Observó el traje con que Roy se cubría.

—No recuerdo haber contratado a ningún payaso para esta noche. Debió ser un regalo extra de Sam. Si es así, haga su número, aunque me temo que no me va a hacer reír.

—Lo dijo todo seguido. Está hecho un hombrecito. Eso le da derecho a una doble ración de mermelada.

—¿Usa dentadura postiza o todavía no le sacaron los dientes?

—Mi madre utilizó un molde bueno.

—Vamos a ver si es verdad —dijo el tipo, y le envió el puño derecho a la boca.

Roy se agachó rápidamente y su agresor, al golpear en vacío, empezó a dar una vuelta.

Roy le dio más impulso en el giro propinándole un golpe sesgado en el pómulo.

El pianista se puso a aporrear las teclas con más fuerza.

El hombre guapo se desplomó en el suelo.

Onza apretó el brazo de Roy.

—¿Qué has hecho. Jimmy? ¿Es que no sabes a quién acabas de

pegar?

—No me digas que pertenece al FBI.

—Es Harris Forrester, el pandillero.

Roy había oído y leído cosas acerca de Harris Forrester. Era un tipo propietario de media docena de locales nocturnos, y se decía que era el rey de Marcy, considerada como Las Vegas del Estado de Nueva York.

En Marcy, al suroeste de la ciudad de los rascacielos, se jugaba más que en el resto del Estado, y muchos periodistas y policías estaban dispuestos a jurar que Harris Forrester era el hombre que dirigía aquel enorme tinglado.

Las personas que se encontraban en la habitación habían enmudecido. La atmósfera descendió súbitamente a cero grados.

Harris se incorporó, pero estuvo a punto de caer otra vez, y para evitarlo se apoyó en el piano.

—Deja las manos quietas, Tommy —dijo al pianista.

El aludido obedeció tan repentinamente que se quedó con las dos manos en el aire, sobre el teclado.

De pronto, Onza echó a correr.

—¡Párate! —dijo Forrester.

Pero Onza no se detuvo y siguió corriendo descalza.

Un hombre fue a atrapar a Onza, pero la joven le golpeó con el tacón del zapato en la cabeza. El tipo, lanzó un aullido cayendo sobre los cuartos traseros.

Cuando Onza hubo salido de la sala, Harris volvió la cabeza hacia Roy. Sus ojos estaban inyectados en sangre.

—¿Cuál es su nombre?

—James Baring, de Omaha.

—Le voy a dar un escarmiento del que se va a acordar toda su vida, Baring.

Miró a la puerta donde había cuatro hombres con caras de asesinos.

Roy se llevó rápidamente la mano a la axila y bajó la cabeza como se lo había visto hacer a Richard Widmarck. Trató también de recordar las palabras del guión.

—Si yo estuviese en su pellejo, me estaría quieto, Harris —colocó una risita—. Usted será muy grande, pero he metido balas en tipos que parecían cocodrilos.

—De Omaha, ¿eh?... Ya entiendo. Lo manda el viejo Philip... Sabía que alguna vez me la jugaría.

—No sea estúpido, Forrester. No vine aquí a matar a nadie, ni siquiera a usted, pero óigame esto. Déjeme en paz y diga a sus hombres que no se metan conmigo. Sólo me llegué aquí en busca de un fulano a quien quería desparramar los sesos, pero me dieron la dirección equivocada.

Harris sacudió la cabeza.

—¿Quiere decir que lo de la chica fue completamente casual...?

—En mi familia me enseñaron a tratar con educación a las damas, y ella pidió sus zapatos. ¿Están así bien las cosas, Forrester?

—Roy estaba vigilando por el rabillo del ojo a los cuatro hombres.

—De modo que no conoce a Onza...

—Si se refiere a la rubia la vi por primera vez hace un momento.

—Bueno, James, ha habido cierta confusión. Lárguese, pero no vuelva.

Roy sacudió la cabeza pero no apartó la mano de la axila y echó a andar hacia la salida.

Dos hombres le estaban interrumpiendo el paso junto a la puerta y Roy se detuvo volviéndose hacia Harris, el cual hizo un gesto afirmativo.

Los dos hombres que Wade tenía delante se apartaron y Roy pasó a la primera sala, donde continuaba reinando el alboroto porque nadie se había dado cuenta de lo ocurrido en la habitación adyacente.

En su camino hacia la puerta, Roy no vio a Onza en ninguna parte.

El tipo de las mejillas chupadas y las patillas largas le abrió la puerta.

Roy, al marcharse, le arrojó al aire una moneda de a dólar.

Mientras bajaba la escalera, oyó que la puerta se cerraba a su espalda.

Se detuvo en el bordillo de la acera, mirando arriba y abajo sin ver a nadie.

Echó a andar diciéndose que había ganado un poco más en experiencia. Ahora sabía cómo tratar a un pandillero famoso..., pero deseó no encontrarse otra vez en la misma coyuntura.

Cruzaba una calleja cuando apareció un coche corriendo a gran

velocidad.

Wade se sintió cegado por los faros. Se dispuso a pegar un salto para librarse de la acometida, pero no necesitó hacerlo porque el coche frenó bruscamente. Por el hueco de la portezuela vio aparecer una cabeza de cabello rubio.

—¿Te llevo a alguna parte, gorila?

Era Onza van der Brunten.

CAPÍTULO V

Onza puso en marcha el coche cuando Roy se hubo sentado a su lado. El vehículo era un «Cadillac» potente y confortable.

—Creí que te sacarían en pedazos o que dentro de algunos días te encontrarían flotando en el río.

—Eres una embustera.

—¿Eh?

—Sabías que saldría. Por eso me estabas esperando.

Ella lo miró sonriente.

—¿Siempre aciertas, gorila?

—Me equivoqué una vez.

—¿Con una mujer?

—Sí, pero ella era pelirroja.

—Dame un cigarrillo, ¿quieres? Están en la segunda gaveta.

El encendió dos y le puso uno en los labios.

—Eres un tipo muy extraño.

—Imagino que lo dices por mi indumentaria...

—Por todo, pero tu traje es un poco llamativo.

—El mío se ensució un poco y un amigo me prestó éste... Tenía mucha prisa por localizar a una tal Onza van der Brunten.

—Me gustó más el chiste que le soltaste a Forrester. Fue estupendo.

—Aquello fue una ingeniosidad, pero ahora hablo en serio.

Ella lo miró con los ojos entornados y eso aumentó la belleza de su rostro.

—¿Es cierto que viniste a buscarme?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué no continuamos jugando a acertijos? Es muy

divertido. ¿Qué crees tú, Onza?

—No sé —la joven se quedó pensativa—. Quizá representas al dueño de una estación de servicio donde me metí con mi «Jaguar» la semana pasada. Llegué hasta el mostrador. No intervino la policía porque dije al dueño que me pasase la factura. Acerté, ¿eh? Eres el tipo que eligió para que me cobrase.

—No, Onza...

—Entonces, me doy por vencida.

—¿Qué sabes de tu abuela?

—Oh, por favor, no me hables de esa vieja de bolsa miserable.

—No debe ser tan miserable cuando te permites tener un «Cadillac», un «Jaguar», e imagino que muchas cosas más.

—Para tu conocimiento, todo eso no lo paga la abuela.

—¿Quién? ¿Harris Forrester?

—Debería arañarte la cara. No consiento que nadie me pague nada, aparte de una invitación en el restaurante o bebidas... Para que lo sepas de una vez, tengo mi fortuna particular. Mi padre me dejó unas cuantas acciones que producen una renta suficiente para poder atender a todos mis gastos.

—Debe ser una buena renta.

—Treinta mil al año, si te interesa conocer el número exacto.

—Vaya, eres una chica con buenas agarraderas...

—Y ahora, fisgoneador, ¿me quieres decir a qué viene todo esto?

—Para el coche.

—¿Por qué?

—Páralo. Quiero verte la cara cuando hable contigo.

La joven llevó el coche junto al borde de la acera y lo detuvo.

Cruzó los brazos y volvióse hacia su acompañante.

—¿Me ves bien así la cara o necesitas un reflector?

—Así está bien.

—Adelante, pues.

—Tu abuela ha sido asesinada.

La cara de la joven permaneció inalterable.

—La estrangularon —agregó Roy—. En el hotel Carlos VIII, donde se hospedaba. Ocurrió esta noche. Seguramente la policía te avisó a casa pero no te encontraron.

La joven sacudió la cabeza.

—No, no lo puedo creer. Es absurdo... ¿Por qué iban a asesinar

a la abuela? No puede ser... —se interrumpió de pronto—. ¿Quién eres tú realmente?

—Uno a quien la policía ha elegido como víctima.

—Creen que la mataste tú.

—Sí.

—¿Por qué?

Roy le contó la historia y cuando hubo terminado, Onza se quedó un rato con la boca abierta.

—Es asombroso y comprendo que la policía no te crea.

—¿Me crees tú?

—Yo sí.

—Gracias, es un alivio. Bueno, Onza, me he propuesto dar con el culpable. En primer lugar, porque mi amigo y yo estamos inculpadados en el caso hasta el cuello, y, en segundo término, porque aunque es posible que la abuela tuviese sus defectos, me resultó una muchacha muy simpática. Estoy seguro de que ella y yo nos hubiéramos llevado bien de haber continuado nuestras relaciones.

—Te entiendo. Quieres saber qué probabilidades ha tenido cada cual para matar a mi abuela.

—Sí.

—Imagino que me desecharás de tu lista de sospechosos y que puedo pasar a hablar de los otros.

—No, querida. Si me permites, te incluiré a ti y, ya que te tengo a mano, te inscribiré con el número uno.

Onza se echó a reír.

—Eres algo portentoso, Roy Wade. Nadie me ha hablado en el tono que tú lo haces.

—¡Ni siquiera Harris Forrester!

—El hace las cosas de otra manera... Pero me temo que tengo una perfecta coartada, detective.

—Veámosla.

—Salí de casa esta tarde a las cuatro.

—¿Qué hiciste hasta esa hora?

—Dormir. Anoche estuve en una fiesta con Harris en Long Island y nos retiramos muy tarde.

—Te levantaste y, ¿qué hiciste?

—Me bañé... Almorcé frugalmente...

—Pasa por alto los detalles.

—Salí alrededor de las cinco y media. A las seis estaba citada con mi peluquero. Se llama Don Cheney —le dio la dirección—. Estuve en lo de Cheney hasta las siete. Luego fui a ver escaparates. Soy como las demás mujeres. Me gusta ir por ahí y ver.

—¿Hasta qué hora estuviste viendo?

—Hasta las ocho. Entonces me metí en un restaurante.

—¿Cuál?

—No lo sé. Era la primera vez que entraba.

—¿En qué calle?

—La verdad es que no recuerdo. Pero entré allí. Me sirvió un mozo de cabello rubio que tiene un tic nervioso en el ojo izquierdo.

—Y la cajera usa una pata de palo, y cada cliente varón le da un beso en la frente.

—No seas desagradable.

—Hablaste de una coartada.

La parte delantera del vestido de Onza se hinchó como si le inyectasen aire con un bombín.

—Salí sobre las nueve y media del restaurante y me fui a lo de Harris sin pasar por ninguna parte. Llegué allí y empecé a divertirme. Oye, sabueso, no maté a la abuela.

—¿Cuánto te toca de su herencia?

—Veinte millones, puede que treinta.

—Sin centavos, ¿eh? Bonito capital.

—No te he contado una cosa. He ido vanas veces por el hotel a ver a la abuela. Soy la famosa Onza van der Brunten perteneciente a una de las más famosas familias de la ciudad. Todos los empleados se me quedan mirando y el jefe de Relaciones Públicas del hotel, un tipo untuoso, que parece andar sobre gelatina, apenas me veía entrar, me acompañaba al apartamento de la abuela. ¿Cómo iba a introducirme allí a no ser que fuese invisible?

Roy cabeceó.

—Sí, eso parece razonable.

—Muchas gracias.

—Pero pudiste haber pagado a alguien para que le matase.

—¿Eh?

—Habría sido el mejor procedimiento.

—Maldito gorila, te voy a sacar los ojos...

Roy se dijo que la chica parecía realmente furiosa. Su mano

derecha se crispaba sobre el respaldo del asiento y, en aquella posición forzosa, vuelta hacia él, estaba muy hermosa, los ojos brillantes.

—Ya te he dicho que tengo treinta mil dólares de renta.

—Para ciertas personas eso es una fortuna, para ti puede ser una bagatela.

—¿Cómo quieres que te convenza, grandísimo cabezota?

—¿Cuáles son tus relaciones con Harris?

—Nos conocimos hace tres meses. Me gustó, yo le gusté a él, pero somos simples amigos. No existe otra cosa.

—¿Qué piensa Harris de esta amistad?

—Quiere convertirla en algo más íntimo, pero yo sé apartarme de Harris cuando se pone pesado.

—¿Has contraído alguna deuda económica con él?

—No. En absoluto.

—¿Qué derechos tiene sobre ti Jonathan Carrington?

—¿Cómo sabes eso?

Roy explicó la llamada que había hecho a su casa.

—Pertenece a una linajuda familia como la mía. Nos conocemos desde pequeños. Yo lo traté siempre como a un hermano. Desde hace un par de años empezó a ver en mí la mujer y yo no vi en él al hombre. No es mi tipo pero hace un par de meses me sentí un poco descorazonada.

—¿Por qué?

—¿Es que he de contártelo todo?... Sufrí un desengaño amoroso. Un tipo dijo que se iba a casar conmigo y yo le creí, pero luego se echó atrás.

—Debe ser un verdadero genio. Renunciar a la mano de una chica como tú... ¿Cuál es su nombre?

—No quisiera que lo mezclases en esto.

—Es necesario, cariño, y me gustaría que siguieses colaborando.

—William Penn, el abogado de la familia. Treinta y cinco años de edad, cabello castaño, uno setenta y tres de talla, ojos azules, nariz recta, hoyuelo en el mentón...

—¿Alguna peca?

—Sí, y no la tiene como tú en el cogote, bastardo.

—Suavidad, nena, suavidad. Somos dos amigos que platican alegremente. ¿Por qué William Penn no ha querido osculear la linda

mano de la rica heredera?

—Porque está casado.

—Existe el divorcio.

—No nos sirve. La mujer de William Penn es la hija de su jefe, Robert Cramer, que ahora lo ha convertido en su socio. Cramer es el mejor abogado del Estado de Nueva York. Si William se divorciase de su hija, tendría que renunciar a la abogacía o irse a Florida o cualquier otro Estado.

—¿No sería eso bueno teniendo treinta millones de dólares?

—William Penn no es un hombre materialista. Para él lo más importante es su carrera. La adora. Naturalmente, le gusta el dinero como a los demás, pero si abandonase su profesión sería hombre al agua y William Penn se ha abierto un camino en Nueva York. Está considerado como el sucesor de Cramer.

—¿Desde cuándo no ves a William Penn?

—Me confesó que no se podía casar conmigo y desde entonces no nos hemos vuelto a ver, para lo cual procuramos no coincidir en los mismos lugares. Ya te he dicho antes que me sentí muy desgraciada y entonces fue cuando se me ocurrió aceptar a Carrington. Le dije que sería su esposa. Al poco tiempo me arrepentí pero hasta ahora no lo he plantado. Estoy sumida en un mar de dudas, a veces me digo que quizá sea el marido que me conviene, pero otras no me atrevo a dar el último paso.

—¿Quién es Cornelio?

—Mi hermano.

—¿Mayor que tú?

—Sí, él tiene veintinueve años.

—¿A qué se dedica?

—A nada, aparte de su «hobby».

—¿Cuál es?

—Colecciona armas de fuego.

—¿Casado?

—Odia a las mujeres.

—¿También estaba incluida tu abuela?

—También.

—¿Por qué las odia en general?

—Se casó tres veces y las tres esposas sólo lo hicieron por su dinero. Cornelio no está en las mismas condiciones que yo. Mi

padre, antes de morir, había fundado por su cuenta, una sociedad dedicada a la fabricación de plástico. Hicimos un convenio entre Cornelio y yo: para mí los treinta mil dólares de renta y para él el negocio de plásticos. Yo resulté la perdedora. El obtiene ingresos de medio millón al año, pero ha de pagar una pensión considerable a sus ex esposas.

—¿Por qué eran malas las relaciones entre él y la abuela?

—Quizá fuese culpa de ella. Nunca lo trataba con cariño. Cuando mi madre iba a tener el primer hijo, la abuela deseó una niña y llegó Cornelio. Lo aborreció desde el principio. Nunca pudieron simpatizar, aunque debo admitir que Cornelio no hizo nada por ganársela.

Roy se apretó el puente de la nariz.

—Las cosas se ponen más difíciles cada vez. Al parecer, nadie tenía motivo para matar a la abuela y menos que nadie Cornelio, a pesar de su odio... A no ser que el negocio de Cornelio dejase de ser floreciente.

—Está en completo auge. Puedes informarte en Wall Street. La sociedad Van der Brunten, que dirige teóricamente Cornelio, se cotiza tan alto como la United Steet o la Du Pont...

—¿Quién queda más en la familia?

—Nadie.

—Habrà algún elemento extraño que estuviese ligado a la abuela.

—Bueno, hay mucha gente. Mi abuela tenía ochenta años y ocupó una alta posición desde su cuna. Le conocía todo el mundo que significa algo en la sociedad.

—Me refería a alguna persona que hubiese estado alternando con ella últimamente.

—Sólo conozco a uno, Halleck Lee, un pintor al que mi abuela consideró como una combinación del genio de Miguel Ángel, Goya y Picasso. Tiene veinticinco años y ha vivido a costa de mi abuela desde que se conocieron en una exposición. Sé que se han visto con frecuencia.

—¿Dónde podría hablar con ese caballero?

Onza se lo dijo y Roy agregó:

—Quiero hacerte otra pregunta con respecto a la abuela... ¿Por qué estaba viviendo en un hotel? No le faltarían casas en Nueva

York.

—Tiene media docena. Podía elegir entre Boston, Long Island, Nueva York... Pero un buen día, hace seis meses, dijo que tenía ganas de perder de vista a todo el mundo, incluido a los criados, y se fue al hotel.

La joven sacó dos cigarrillos de la gaveta y los encendió, pasando uno a Roy.

—¿Ya has terminado el interrogatorio?

—Sí, Onza. Basta por ahora.

—¿Qué conclusión has sacado?

Si mi amigo Lou estuviese aquí, le diría: «Anda, Roy, y tirémonos al río».

Onza abrió el bolso del cual extrajo un grueso fajo de billetes que alargó a Roy.

—¿Qué es eso, nena?

—Dinero.

—¿Para qué?

—Para que tú y tu amigo podáis largaros de Nueva York.

—¿No has pensado que puedes estar ayudando a escapar a los asesinos de tu abuela?

—No digas tonterías, Roy. Sé que no lo hiciste... Aquí hay mil quinientos dólares. Podréis llegar lejos.

—¿Por qué haces eso?

—La verdad es que no lo sé. Quizá me has gustado, quizá esta noche me siento con instinto maternal... Infiernos, te pasas toda la vida haciendo preguntas... Por qué esto, por qué lo otro... Yo nunca las hago, ni siquiera cuando William decidió levantar velas.

—Guarda los billetes.

—¿Por qué no los aceptas?

—No me voy a marchar.

—¿Qué dices?

—Me quedo aquí, en Nueva York. Es en esta ciudad donde se encuentra el asesino de tu abuela. Quiero apretarle el cuello.

—Pero, Roy, ¿crees que tienes alguna posibilidad?

—Cuando inicio el asunto, nunca pienso en lo que pueda ocurrir para no acabarlo.

—Está bien, Roy. Acepta el dinero por tu trabajo. No puedes ir de un lado a otro con los bolsillos vacíos. ¿No me convierte eso en

un cliente?

Wade tomó el dinero y lo guardó.

—Gracias, Onza. Esto servirá para empujar al asesino hasta la silla eléctrica.

La joven puso en marcha el coche y apretó el acelerador. Las calles estaban desiertas.

—Déjeme en la esquina de la 49 —dijo Roy—. He de regresar con mi amigo.

—No, Roy, esta noche no... Quiero que vengas a mi apartamento. Tengo un frigorífico bien surtido y habrá también champaña y una música maravillosa.

—Lo siento, nena, pero no puedo.

—Gorila, no digas eso... No quiero estar sola... Me aburro.

—Querida, olvidas algo muy importante. Oficialmente no has recibido todavía la noticia de la muerte de tu abuela. Tu apartamento estará vigilado por la policía.

—No.

—¿Por qué no?

—Lo tomé con un nombre supuesto. No se trata de la casa donde llamaste. Es otro lugar. Mi refugio, como lo llamo yo.

—¿Dónde está?

Onza le dio la dirección.

—Lo tendré en cuenta para otra vez.

Ella lo miró otra vez con ojos furiosos.

—Quiero que vengas ahora.

—Y yo te repito que no puedo.

—¿Es que no tienes sangre en las venas? —Onza detuvo otra vez el coche y se acercó a Roy, besándolo en la boca. Le acarició la cara con los dedos—. ¿Vas a venir?

—No, nena.

Onza bajó la mano, clavándole las uñas.

Roy la atrapó por la muñeca sintiendo un escozor en la cara. Se miraron fijamente.

—Roy, lo siento, pero no rae gusta que me contradigan.

Wade recordó el leopardo africano que tenía el mismo nombre que aquella mujer. Onza. Su amigo el periodista le había hablado de ella. Poseía unas buenas zarpas y era un hermoso animal felino.

Roy le dejó libres las muñecas, abrió la portezuela del coche y

saltó fuera encaminándose hacia la esquina de la Calle 49.

El coche arrancó con un rugido, y por el hueco de la portezuela le llegó la voz de Onza:

—¡Estúpido gorila!

CAPÍTULO VI

Lou Anders despachó los tres platos que Ivette le había llevado en una bandeja, y con el último trozo de pan, limpió la salsa engulléndolo después. Dejó la bandeja sobre la mesilla de noche y tendióse en la cama dando un suspiro.

Ahora vio las cosas de otro modo. Le pasaba siempre que llenaba el estómago.

¿Cuántas veces Roy y él habían estado metidos en líos? Ya había perdido la cuenta, pero siempre Roy había salido triunfante. Ahora no podía ser una excepción. Roy atraparía al asesino de la señora Van der Brunten, y, naturalmente, la familia de la víctima le recompensaría con un cheque donde habría un número con cuatro cifras.

Sonó el timbre de la puerta y Lou pegó un salto.

No se atrevió a abrir la boca.

—Lou... Soy Ivette, vengo a retirar la bandeja.

Lou fue hacia la puerta... Infiernos, le había dado un buen susto.

Dio la vuelta a la llave, y de pronto, la puerta fue abierta violentamente desde el corredor.

Lou estuvo a punto de caer, pero encontró en su camino la cama y éste fue un buen punto de apoyo.

Vio entrar en el apartamento al teniente Maximilian Sullivan y a los dos policías de gesto huraño que ya conocía.

En el corredor estaba Ivette.

—Nos has vendido, condenada ballena —le gritó Lou.

—¿De qué está hablando, señor Anders? Yo no sé nada.

Sullivan rió con su forma característica, enseñando los dientes.

—No le eche la culpa a, ella, Anders. Su propio jefe Joseph Greenough, nos dijo que algunas veces acostumbraban a recalar en

este hotel.

—Ese maldito bastardo... Cuando le atrape la cabeza entre mis manos, se la voy a reducir al tamaño de un guisante.

Sullivan chasqueó la lengua.

—Me temo que no estará en condiciones de hacer eso, Lou. A los asesinos los asan en la silla... Puede marcharse, señora, y tú, Kelly, cierra esa puerta.

Ivette se dirigió hacia la escalera y Kelly cerró la puerta.

Sullivan dio una vuelta por la estancia, se despojó del sombrero y sentóse en el borde de la cama.

El compañero de Kelly fisgoneó por el cuarto de baño y salió diciendo:

—Nada, jefe.

—Bien, bien, bien... —dijo Sullivan—. ¿He oído algo de la silla eléctrica, Anders? Oh, sí, desde luego, pero se me olvidó agregar algo.

—¿El qué, teniente?

—Damos un trato especial a las personas que quieren colaborar con nosotros.

—¿De veras? Eso está bien.

—Por ejemplo, tomemos el caso de usted. Es un hombre simple, nuestros médicos establecerán su grado de inteligencia y apuesto a que no les será difícil certificar que es la de un niño de nueve años. Estupendo para usted, ¿eh, Anders? Debe tener en cuenta que, según la Medicina, se llega a poseer el uso de razón a los siete.

—Estoy conforme, teniente.

Sullivan miró satisfecho a sus compañeros, los cuales también sonrieron.

—Bien, Anders —dijo el teniente y palmeó el brazo de Lou—. ¿Dónde está Wade?

—Se marchó.

—Eso ya lo sabemos. Si no está aquí es porque se marchó, ¿verdad, Anders?

—Buena deducción, teniente. Ustedes los polis saben mucho.

—Querido amigo Anders, dígame, ¿adónde fue Roy?

—Si se lo digo yo, colaboro.

—Claro.

—Y los médicos me dicen que soy idiota.

—Hombre, no tanto, pero ya sabe lo que le dije antes.

—Sí, teniente. —Lou hizo una pausa—. Roy se marchó a enrolarse.

—Conque hizo eso el muy estúpido... ¿Marina? ¿Ejército? ¿O le dio por la Aviación?

—No, teniente; se fue a enrolar en un campamento de nudistas.

—¿Eh?

—¿Conoce Jacksonville, Florida?

—Sí.

—Cuando lleguen a aquella ciudad tiren hacia el barrio latinoamericano. Pero acuérdense de llevar una brújula, porque allí hay un condenado laberinto de callejuelas. Al Oriente, hay un pantano. A la derecha del pantano está el campamento de nudistas. Es allí donde ha ido Wade.

En la habitación se hizo un silencio.

Maximilian Sullivan había entornado los ojos, mirando suspicazmente a Anders. Los otros dos policías también lo miraban expresando en la cara gestos contradictorios.

El teniente se puso en pie palmoteando a Lou.

—Gracias, muchacho... Siempre me ha gustado tratar a los tipos que se percatan de su situación. Tendrá su informe médico. A propósito, ¿cuándo cree que volverá Roy?

—No debe tardar mucho. —Lou se mordió el labio inferior—. Bueno, quiero decir que...

—¡No continúe, Anders! ¡De modo que nos la quiso dar con queso! ¡A un campamento de nudistas! Pero ¿qué imbécil cree una cosa como ésta?

—A Roy le dio resultado con la policía de Chicago. Soy una calamidad, un despojo... No sirvo para nada.

—Bueno, Kelly, está claro, el muchacho volverá aquí y seguramente no debe tardar mucho. Se habrá llegado a alguna parte para conseguir pasaportes falsos, y naturalmente regresará por su compañero. Vete al registro y sitúate detrás de las cortinas. Tú, Norman, te pones en la escalera. Yo me quedaré con nuestro amigo Anders. En cuanto cacéis a Roy Wade, me lo traéis aquí.

—Sí, jefe —dijeron a una Kelly y Norman, y salieron de la habitación.

Lou Anders se dejó caer en la cama, golpeándose la cabeza con

los puños.

—¿Para qué estaré en el mundo? ¿Para qué?

* * *

Roy Wade se encontraba a unas veinte yardas de la puerta del Hotel Floriot cuando vio que el anuncio luminoso del mismo se apagaba y se encendía.

Se detuvo observándolo. El anuncio continuó aquel parpadeo intermitente.

Dio media vuelta y retrocedió muy aprisa. Conocía el significado de los guiños del fluorescente. Ivette le decía con ello que la policía lo esperaba.

Media hora más tarde, se encontraba muy lejos de la Calle 49.

Tomó un taxi y se hizo conducir hasta State Island. Cuando hubo despedido el coche, continuó su camino andando por espacio de una milla y, finalmente, llegó a una barriada de sucio aspecto donde se levantaban feas edificaciones o cabañas de madera, aunque la mayoría estaban rodeadas de jardines bien cuidados.

Empujó la cancela de una de ellas, y poco después llamaba a una puerta.

Le abrió un hombre de unos sesenta años.

—¿Cómo estás, Janos?

El viejo escupió un chorro de jugo de tabaco con la potencia de un disparo haciéndolo pasar por encima del porche y de la baranda hacia el jardín.

—Me estaba preguntando dónde te habías metido durante este año.

—Fui al Sur.

—¿Y Lou?

—Vino conmigo, pero ahora está de vacaciones.

—Ya comprendo. El Estado es el que se las paga...

—Sí, Janos. ¿Te queda café por ahí?

Fueron a la cocina y Janos calentó café.

—Bueno, Roy, ya conoces mis costumbres. No quiero saber nada y así no tendré nada que decir si alguna vez me interrogan los muchachos del uniforme.

Roy sacó diez dólares del bolsillo y se los alargó.

—Por las molestias, Janos. Ahora quiero dormir... Estoy cansado como un búfalo reumático.

Se acostó en un jergón que emitía chirridos apenas se movía una pulgada, y su sueño se vio interrumpido muchas veces por la presencia del teniente Sullivan, quien le acercaba la cara con su sonrisa de dientes afuera, mientras le gritaba: «Lo atrapamos, muchacho... No tenía salida. ¿Por qué lo hizo tan difícil?».

Despertó a las ocho de la mañana.

Janos estaba friendo tocino en la cocina. Desayunó con él, bebiendo tres pozos de café para despejarse. Luego le dio las gracias a Janos y se marchó de allí.

Otro coche lo devolvió al centro de Nueva York. Se metió en unos almacenes y compró un traje de veintidós dólares, sombrero de fieltro y unas gafas oscuras.

El traje de cuadros, convertido en un paquete, le dejó en el lavabo de un bar cercano al almacén. Sentado en un taburete leyó la Prensa. En grandes titulares se daba publicidad a la muerte de Eloísa Van der Brunten.

Había fotografías de la millonaria desde el día en que fue bautizada hasta la última realizada unos meses antes de su fallecimiento. En una esquina aparecía también la fotografía de Lou Anders. El «*flash*» había sorprendido a Lou con la boca abierta, los ojos agrandados, lo cual le daba el aspecto de un maníaco homicida. En la información se decía que el cerebro del asesinato no era Anders, sino Roy Wade, un tipo al que la policía esperaba capturar de un momento a otro. Joseph Greenough, director de la agencia de publicidad «La Antorcha», daba referencias de sus dos ex empleados que podrían servir mucho al fiscal cuando éste tuviese sentadas a sus dos víctimas en el banquillo.

A Roy le llamó la atención otra fotografía que se incluía en la segunda página. El pintor Halleck Lee, a quien Eloísa había descubierto, llorando como un chiquillo sentado en su estudio, ante la obra que estaba pintando, cuando le comunicaron la noticia.

Roy dobló el diario guardándolo en el bolsillo y poco después se introducía en otro taxi.

Eran las nueve y media de la mañana cuando oprimía el botón de una puerta, tras haber subido en el ascensor de un edificio de modesta construcción.

—Pasa, Angie, está abierta —dijo una voz varonil desde el interior.

Roy entró en un *living* bien amueblado.

Oyó el ruido lejano del agua que caía en el cuarto de baño.

—Tienes bebida en el bar. Sírverte lo que quieras —dijo la misma voz.

Roy se preparó una buena ración de *whisky* porque era de la mejor calidad. Abrió una puerta y vio un pequeño corredor que terminaba en un estudio. Fue allí y vio que la estancia era hermosa, provista de un gran ventanal por el que se filtraba el sol a raudales. Vio el cuadro que aparecía en la fotografía del diario y le pareció un huevo frito, nadando en un mar de tomate.

Abrió una puerta que había a la derecha y vio una cama, una mesilla de noche y un gran armario. Anduvo husmeando en la mesilla de noche, pero no encontró nada que ganase su interés. En el armario había media docena de trajes, un par de abrigos, uno de ellos de piel de camello, una docena de sombreros y ocho pares de zapatos.

Regresó al estudio y pasó la mano por el respaldo de un diván con capacidad para tres personas. Se sentó. Era cómodo.

De pronto vio aparecer a Halleck Lee, cubriéndose con un batín. En la mano tenía una toalla con la que se secaba la cabeza. Traía una sonrisa en los labios que se congeló al descubrir a su visitante.

—¿Quién es usted?

—El que pasó por Angie.

—No tiene ninguna gracia.

—¿Se bañó para limpiarse las lágrimas, Halleck?

CAPÍTULO VII

Halleck era un tipo bien parecido, alto, con brazos musculosos y manos fuertes. No, no parecían las manos de un pintor, pero después de todo, Roy se dijo que tenía sus dudas acerca de que Halleck lo fuese.

—Creo que voy entendiendo —dijo Halleck.

—¿Qué es lo que entiende?

—Usted es el otro... Roy Wade, el compañero de ese Anders que atrapó la policía.

—Bravo, Halleck, pero dígame cómo lo ha conseguido. No se incluía ninguna foto mía en el diario.

—Hay una descripción y yo soy un artista. Me gusta leer las descripciones. Se me quedan fijas... Es un don especial.

—¿Pinta mucho?

—Un hombre como yo no puede prodigarse. Mi pintura es cerebral. Han de darse ciertas circunstancias.

—Ya entiendo. Saturno ha de estar en conjunción con Marte, mientras la Luna se halla en cuarto menguante. Temperatura de 23 grados, viento del Suroeste.

La cara de Halleck empezó a tomarse roja.

—Usted es un tipo muy vulgar.

—Lo soy tanto que no comprendo su cuadro.

—Eso lo sabía sin necesidad de que usted me lo dijese.

—Ilústreme, Halleck. ¿Qué significa?

—He despojado al hombre de su ropaje lógico partiendo del sistema metafísico de su propia situación. Para mí solo existen los símbolos que despojan al mundo del vacío del mero existir.

—Y se queda con el huevo frito.

El pintor hizo una mueca.

—No quiero perder el tiempo con usted tratando de infundirle un sistema artístico que constituye la meta de mi vida.

—¿No cree que ya cruzó la línea de esa meta? Ha corrido muy aprisa para su edad. Debe considerarse como el primer caradura entre los de su profesión.

—¡Señor Wade!

—Tiene un apartamento cuyo alquiler no debe bajar de trescientos al mes, el mobiliario es de primera calidad y apuesto a que lo demás está a la misma altura. Y todo, ¿por qué? Yo se lo diré. Porque se acercó a una anciana millonaria y le tendió la red atrapándola con su verborrea, y esa sonrisa, que ella encontraría muy agradable y que a mí me resulta la de un cínico desaprensivo.

—¡Tiene un minuto para salir de este departamento! De lo contrario...

—¿De lo contrario...?

—Llamaré a la policía.

—¿Cuánto le deja?

—¿Eh?

—¿Cuánto le deja en el testamento la señora Van der Brunten?

—No estoy dispuesto a hablar de eso con usted... Y le advierto que ya le faltan muy pocos segundos para empezar a marcharse.

Roy chasqueó la lengua y se puso en pie. Bebió un trago del vaso y lo dejó sobre la mesita. Entonces echó a andar hacia la puerta.

Halleck se apartó para dejarle el paso libre.

—Y recuérdelo, señor Wade... No vuelva a poner los pies en mi casa.

Roy le facturó la izquierda. Sonó un chasquido cuando Halleck recibió el golpe en la mejilla y empezó a cruzar la estancia en una ridícula carrera porque trataba de no caer. Pero no podía detenerse debido al impulso poderoso con que había sido lanzado. Finalmente, tropezó en el diván y se derrumbó allí.

Wade fue rápidamente hacia él.

Lee se encogió cubriéndose la cara con las dos manos.

—¡No me pegue! ¡No consentiré que me pegue!

—Continuemos en donde nos habíamos quedado... ¿Cuánto le deja ella?

—No lo sé.

Roy cerró el puño y Halleck gritó:

—Doscientos mil dólares.

—Buen pellizco, farsante.

—Oiga, señor Wade, puede insultarme lo que quiera. No estoy en situación de defenderme.

—Tiene mi misma talla y pesa más que yo, y sus brazos son poderosos.

—No aprendí a pelear.

—Claro, todo lo tuvo hecho. Apuesto a que fue el niño mimado de la casa. Empezó por no trabajar porque quería ser artista y el nene sólo recibió aplausos por ello. Vivió de su familia, pero llegó un día en que se acabó aquello. No, Halleck, no conozco su biografía, pero puedo seguirla paso a paso sin necesidad de que nadie me la cuente. Cuando acabó con el dinero de la familia, decidió que alguien tenía que seguir pagando las facturas y su buena vida. Tiene buena planta y resulta persuasivo para cierta clase de gente, cuando se pone a escupir esa serie de caramelos como los que soltó antes, no creo que fuese azaroso su encuentro con Eloísa Van der Brunten. Apuesto a que lo preparó valiéndose de alguna otra persona. Lo cierto es que logró su propósito.

—Me está calumniando... Sí, señor Wade, me injuria horriblemente. He querido ser un artista y en mi casa me alentaron. Es cierto también que no he trabajado en nada, pero fueron mis padres los primeros en comprender que yo podía ser un genio. Cuando papá murió, mamá continuó trabajando en nuestra tienda. Ella se hubiese muerto si yo me hubiese puesto a servir detrás del mostrador. A la pobre también le llegó la hora.

—Estupendo, se quedó con el negocio. ¿Se puso entonces tras el mostrador?

—No.

—Claro que no. Tuvo su oportunidad, pero usted liquidó el negocio y continuó viviendo su vida. Ya le advertí antes que no hacía falta que me informase.

—Me quedé sin dinero... ¿Qué podía hacer? La señora Van der Brunten estaba llena de millones. En todos los tiempos ha habido mecenas. Sin ellos muchos artistas habrían permanecido en el anonimato.

—¿Cuánto le sacó a la señora Van der Brunten desde que la conoce?

—Me pasaba quinientos dólares al mes.

—Y le alquiló este departamento.

—Sí.

—Y ella lo amuebló.

—Desde luego.

—¿Cuándo le dijo la señora Van der Brunten que le había dejado doscientos mil dólares en su testamento?

—No lo recuerdo.

Roy le soltó otra bofetada, aprovechando que Lee se había confiado un poco.

Esta vez Halleck recibió el golpe en la nariz y se puso a lloriquear.

—Me está maltratando. No tiene derecho a maltratarme.

—¿Cuándo lo supo? —repitió Roy.

—Hace cuatro meses.

—Por eso la ha matado.

—¿Qué dice?

—Quería cobrar los doscientos mil dólares de golpe.

—¿Cómo iba a hacer tal cosa? ¿Se ha vuelto loco? Además, la policía dice que fueron usted o su amigo quienes estrangularon a la señora Van der Brunten.

—No fue Anders ni fui yo, pero ahora tengo al verdadero asesino delante.

—No.

—Sí, Halleck, fue usted. Estaba cansado ya de la vieja. Hasta es posible que le resultase humillante recibir todos los meses el cheque. Doscientos mil de golpe suponían para usted la completa independencia. La fortuna entraba en su casa. Se acababa el pedir limosna, el seguir representando un papel que quizá con el tiempo llegó a resultarle odioso. Le concedo la merced de despreciarse a sí mismo cada vez que se mirase en el espejo.

—¡Se equivoca! ¡No la mate! ¡Le digo que no la maté! Y no me obligará a decir otra cosa.

Roy se apartó de Halleck paseando por la estancia.

Sintió que Lee se relajaba dando un fuerte suspiro.

—¿Dónde estaba a la hora en que la señora Van der Brunten fue muerta?

—Pasé aquí toda la noche.

—¿Quién hay para atestiguarlo?

—Nadie. Sólo mi palabra.

—Un testimonio de primera categoría. La palabra de una sanguijuela.

—El teniente Sullivan estuvo aquí esta mañana y se dio por satisfecho con mis explicaciones.

En aquel momento oyóse la puerta exterior que se abría, y luego una voz femenina dijo:

—Halleck, ¿dónde estás?

El pintor no supo decir nada. Oyóse un caminar por el corredor y Roy vio aparecer una joven de cabello rojizo, esbelta, maravillosamente bien formada.

—Perdona, Halleck, creí que estarías solo.

—Mi amigo ya se iba —dijo él pintor.

Roy no apartaba los ojos del bello rostro de la joven que tenía unos ojos muy grandes, de color castaño, y boca grande, de labios gruesos.

—¿Es la prometida de Halleck? —le preguntó.

Ellaladeó ligeramentela cabeza y puso un brazo en jarras.

—¿Y usted? ¿Es policía?

—No, soy Roy Wade, un perseguido por ellos.

La joven hizo un gesto de sorpresa.

—Para ser un perseguido, se lo toma con mucha calma. Pero contestaré a su pregunta. Soy Angie Donahue, y, efectivamente, me voy a casar con Halleck. ¿Tiene algo que alegar en contra?

—Sólo una cosa. Es posible que se case con un asesino.

—Señor Wade, por favor. Mc se ponga melodramático. ¿Halleck un asesino? Es lo más divertido que he oído en mucho tiempo —rió, poniéndose una mano delante de la boca.

—¿Por qué considera imposible que su prometido sea capaz de matar, Angie?

—Halleck es un hombre maravillosamente perfecto. Ama la naturaleza, lo que es bello, y siente una gran respeto por todo ser vivo, desde la humilde hormiga hasta la respetable anciana...

—Quizá aplastaría a todas las hormigas del mundo y estrangularía a una anciana, si a cambio fuese a recibir doscientos mil dólares.

—¿Qué quiere usted decir con esto?

—¿No lo sabe? La señora Van der Brunten ha dejado en su testamento a su prometido la apreciable suma que le acabo de citar.

—Halleck, ¿es cierto?

—Sí.

—¿Lo has sabido ahora?

—No, hace unos meses, y por ello el señor Wade piensa que he matado a la señora Van der Brunten para heredarla.

Angie se acercó a su prometido.

—¿Por qué no me dijiste lo de la herencia, Halleck?

—Me resultaba desagradable. La señora Van der Brunten hizo mucho por mí y tenía la impresión de que si te comunicaba la noticia con respecto a la herencia, te iba a dar la impresión de que yo estaba esperando que muriese para heredar. Sólo te lo hubiese dicho cuando ella hubiera muerto.

—Te comprendo, Halleck, perdona.

—No tiene importancia.

Angie se volvió hacia Wade.

—¿Ha atormentado ya bastante a mi prometido?

—Ya me voy, Angie... ¿También es pintora usted?

—No, y para que tenga mi ficha completa, le diré que mi trabajo consiste en escribir cuentos infantiles para la editorial Suberly. Soy colaboradora fija y gozo de un buen sueldo, más un tanto por ciento sobre los ejemplares vendidos. ¿Está conforme?

—Gracias, y hasta la vista.

Seguidamente, Roy abandonó el apartamento del pintor.

CAPÍTULO VIII

Roy disco el número del bufete de abogados Cramer y Penn, y por si lo había olvidado, una voz femenina se lo recordó inmediatamente.

—Quiero hablar con William Penn —repuso Wade—. Soy Spencer Halleman. Quiero encargarle un asunto que requiere su atención urgentemente.

—Lo siento, señor Halleman, pero el señor Penn no se encuentra en este momento en el despacho. Fue a almorzar.

—Por favor, el caso es grave. Dígame en qué lugar acostumbra a almorzar.

—Barrington Club, Novena Avenida.

Roy dio las gracias y colgó.

Mientras se dirigía hacia la Novena Avenida en un taxi, Roy tenía en cuenta que en el Barrington Club no dejaban entrar a nadie que no fuese socio.

Cuando descendió del coche, vio que un «Chrysler» se había detenido un segundo antes a la puerta del club. De él bajó un hombre que estrechó la mano del que había dentro.

—Hasta mañana, señor Tolliver —dijo el de fuera.

—No eches al olvido ese asunto del níquel para el ejército, Benson.

—¿Cómo crees que se me puede olvidar?

Roy ya había pagado el taxi y caminó hacia Benson cuando éste se volvió para entrar en el club.

—Eh, Benson —lo llamó.

Benson era un tipo de unos cincuenta años que se cubría con un traje de ciento noventa dólares y corbata en la que lucía un brillante de tres mil. Frunció el ceño al ver al joven.

Roy le pasó el brazo por los hombros y tiró de él hacia la puerta.

—Celebro verle de nuevo. ¿No se acuerda de mí, Benson? Soy Farrell, cogerente de las minas de níquel de la Compañía Minera de Rodesia.

El otro parpadeó al oír la palabra níquel.

—Oh, sí, Farrell —rió con risa falsa el astuto Benson—. Claro que sí... ¿Cómo podía olvidarlo?

—Londres 1952. Dejé una carta en su hotel ofreciéndole un cincuenta por ciento de las acciones. ¿Sabe que me hizo un favor no aceptándolas?

El conserje saludó con una sonrisa al señor Benson.

Los dos hombres entraron en el restaurante donde había una treintena de clientes.

Benson tomó a Wade por el brazo.

—Oiga, me gustaría hablar con usted acerca de su níquel. Estoy seguro de que ahora llegaríamos a un acuerdo. Además, mi sociedad le hará un favor. El níquel empieza a bajar.

—Benson, eso es cierto, de modo que se me ocurre una idea, esperemos a que suba. Celebro haberlo visto de nuevo. Cuando vaya por París, llámeme. No se olvide.

—Oiga, Farrell, no se vaya.

Pero Roy ya se había apartado de Benson.

Onza Van der Brunten le había dado una descripción tan minuciosa de William Penn, que lo descubrió enseguida. El abogado comía sólo ante una mesa.

—Hola, Penn —dijo Roy, y se sentó a su lado.

William lo miró con perplejidad.

—¿Nos conocemos?

—Tenemos una amiga en común. Onza.

Penn dejó el tenedor y el cuchillo sobre la mesa.

—¿Lo envía ella?

—No, pero yo me tomé la libertad de venir.

—Bueno, ¿quiere presentarse?

—Desde luego. Roy Wade.

Penn hizo un gesto de incredulidad.

—¿Wade, el del hotel Carlos VIII?

—El mismo.

—Celebro que ya no huela a pescado. Es algo que no puedo soportar. ¿Tomará algo?

—Un martini.

Penn hizo una señal a un mozo al que le hizo el pedido.

William se cruzó de brazos echándose en el respaldo.

—Bueno, Wade, habrá venido aquí con la pretensión de que me haga cargo de la defensa de ustedes. Sería un buen motivo para que mi nombre ocupase las planas de los periódicos. «El abogado de la familia Van der Brunten haciendo la defensa de los inculpados del asesinato de la señora Van der Brunten».

—Mi amigo y yo no necesitamos sus servicios, ni tampoco los de otro abogado.

—Comprendo. Son inocentes.

—Le resulta gracioso, ¿verdad?

—Soy un profesional de la ley, señor Wade, y admito que todo lo que existe contra ustedes son pruebas circunstanciales. Pero tal como están las cosas, me temo que el fiscal no echará de menos una fotografía de usted o Anders estrangulando a la señora Van der Brunten.

El mozo dejó el martini en la mesa y Roy bebió un trago.

—Espero que me haga saber entonces el motivo por el cual ha interrumpido mi almuerzo.

—Es la mar de simple, señor Penn. He establecido una lista de sospechosos y usted ha logrado una magnífica puntuación.

Penn se apretó el lóbulo de la oreja sonriendo.

—Eso es algo verdaderamente original, señor Wade. Le felicito.

—Gracias, y ya que nuestra conversación está transcurriendo dentro de unas normas tan corteses, yo le rogaría a usted que confesase el crimen sin más dilación. Bastará con que lo escriba en una servilleta de papel y firme. ¿No le parece que también eso sería original? El acto terminaría con un apretón de manos y una disputa acerca de quién pagaría todo esto. Pero debo anticiparle que tendría que abonarlo usted, porque no soy socio del club.

—El teniente Sullivan me hizo resaltar sus cualidades, señor Wade, pero debo confesar que se quedó corto. Es usted habilidoso y comprendo que el bueno de Maximilian se verá en serias dificultades antes de que logre atraparle.

—Pasemos a mi oferta.

—Oh, sí, perdone. Pero me temo que voy a decepcionarle. No puedo hacer la confesión que usted me pide y la razón es muy

sencilla. No he matado a la señora Van der Brunten.

—La verdad es que me defrauda mucho.

—En toda inculpación existe un motivo, algo en qué basarse. Imagino, señor Wade, que usted tendrá esa base para atreverse a acusarme.

—Onza.

—¿Ha hablado usted con Onza?

—No la culpe a ella, pero no tuve más remedio que sonsacarla.

—Y al parecer, se mostró muy benévola con usted. Otro de sus méritos, señor Wade. Onza es una chica que no concede fácilmente su confianza a un hombre que no le agrada. Es usted magnífico como corredor contra reloj.

—No se vaya por las ramas, abogado, y recuérdelo. El motivo era Onza.

—Desde luego, discúlpeme otra vez. Onza le ha hablado de que sostuve un «flirt» con ella, un «flirt» que desgraciadamente no terminó en boda.

—Sí.

—En tal caso, no le comprendo, señor Wade. Se trata de un argumento contradictorio. Lo único que prueba es que yo no pude asesinar a mi cliente.

—Quizá durante el tiempo transcurrido desde que sostuvo su última conversación con Onza, ha cambiado de opinión con respecto a su porvenir.

El abogado entornó los ojos.

—Es posible.

—¿Puedo preguntarle en qué sentido?

—Quizá me haya decidido por el divorcio, aunque todavía no he interpuesto demanda.

—Es usted muy sincero, señor Penn. Usted mismo me da la razón para que pueda acusarle.

—Ya le he dicho que todavía no lo tengo decidido, pero quizá llegue a ocurrir.

—En tal caso, usted pudo matarla u ordenar su muerte con vistas al nuevo plan que había establecido, el divorcio de su mujer actual y su posterior matrimonio con Onza.

—Vaya a decirle eso al fiscal. Lo conozco bien y sé que lo encontrará muy divertido.

Roy se puso en pie.

—Bueno, Penn, al iniciar nuestra conversación le dije que lo consideraba como un sospechoso con una buena puntuación. Ahora ha cobrado una gran ventaja a sus competidores.

El abogado le dirigió una sonrisa permaneciendo sentado.

—Considero admirable su tenacidad, si es que realmente ni usted ni su amigo son los autores del asesinato de la señora Van der Brunten, pero le diré algo en confianza, Wade. No la maté. Y para que de una vez y por todas, esté al corriente del último detalle de mi pían, sólo he pensado en mi divorcio y en mi matrimonio con Onza desde que fui informado de la muerte de la señora Van der Brunten. Antes Onza y sus treinta millones eran algo hipotético, ahora es algo real.

—¿Qué pensaría usted si le dijese eso a Onza?

—Usted no le puede decir eso a ella.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, no lo considero a usted como a uno de esos tipos que van dejando caer los chismes. En segundo término, yo negaría haber hecho tal confirmación y, por último, mi querido Wade, confío en mis dotes persuasivas con respecto a Onza, para convencerla de que mi amor por ella es inmenso y que ése es el único motor que me ha impulsado a llegarme de nuevo a ella.

—Es el segundo cínico con quien me encuentro hoy.

—¿Quién era el otro, señor Wade?

—Halleck Lee, un pintor de brocha gorda.

—Lo conozco y celebro que coincidamos con respecto a esa muchacha. También yo le considero un cínico.

—Y yo celebro que no coincidamos en ninguna otra cosa, señor Penn.

El abogado se encogió de hombros.

—¿Qué se le va a hacer? Sin embargo, usted me es simpático. No podré defenderle porque estaré a la otra parte, acusándole junto al ministerio fiscal. Si le sirve de consuelo, procuraré que no le lleven a la silla. Me conformaré con que le impongan una condena de veinte a treinta años.

—Gracias, señor Penn. Usted se está portando como un nuevo padre para mí.

—Le daré un consejo como un padre se lo daría a su hijo. —El

abogado hizo una pausa—. Entréguese a la policía.

—No, papi. No puedo hacer tal cosa. ¿Quién le daría el pan a mis hijos? Y ya que estamos en la despedida, yo también le daré otro consejo. Si me ha engañado, si es el asesino de Eloísa Van der Brunten, lo sabré. Eso se lo puedo jurar sobre la Biblia, y en tal caso, le voy a sacar la educación por los oídos, a puñetazo limpio.

—Que lo atropelle un camión, Wade.

—Hasta la vista, hijo de perra.

Roy salió del restaurante y anduvo un rato por la acera, las manos en los bolsillos, pensativo. Finalmente, entró en un bar y fue derecho a la cabina telefónica. Marcó el número de la policía y pidió hablar con el teniente Maximilian Sullivan. El telefonista le preguntó quién era y él le contestó que William Penn. Tras un corto rato de espera, oyó la voz de Sullivan.

—Le escucho, señor Penn.

—No soy Penn, compañero, pero quiero pasarle un aviso confidencial. ¿Por qué no investiga lo que hizo William Penn mientras estrangulaban a la señora Van der Brunten?

Tras decir esto, Roy colgó.

CAPÍTULO IX

Wade entró por la puerta de servicio del Hotel Carlos VIII, el ala del sombrero muy echada sobre los ojos defendidos con gafas oscuras.

Había permanecido media hora por los alrededores viendo los camiones que entraban y salían, tomando nota mental de todo, y en un par de ocasiones se acercó al hueco para oír lo que hablaban los suministradores.

Una de aquellas veces alguien que debía ser el jefe de la cocina y que respondía al nombre de Adler, se había quejado del último suministro de carne a un tipo que llegó en un camión perteneciente a la compañía Bechel de Industrias Cárnicas.

Un fulano le dio el alto apenas cruzó el hueco.

—¡Eh! ¿Adónde Va?

—Vengo a hablar con Adler acerca de una protesta contra Bechel. ¿Quién se ha creído que es ése? Nosotros suministramos la mejor carne de la ciudad.

—Oiga —le interrumpió el hombre—, no soy yo quien tiene que discutir con usted. Siga adelante y vaya a la cocina donde está Adler. Rómpale las narices si quiere. Seré el primero en celebrarlo.

—Corriente, compañero. Si hay ocasión, le daré gusto.

Roy siguió por el corredor.

Se cruzó con un par de camareras de estupendo aspecto y bonita cara. Detuvo a la segunda.

—Oiga, nena, me gustaría hablar con el personal de servicio en la planta 27.

—Encontrará a alguno en la última sala del corredor.

Roy le dio las gracias y prosiguió su camino.

Abrió la puerta de la habitación, que la muchacha le había señalado y se encontró con un buen cuadro. Tres botones estaban

jugando en el suelo a los dados.

A uno de ellos ya le conocía porque era uno de los que formaban la pareja que se había hecho cargo de las valijas cuando él y Lou llegaron al hotel.

—Se les saluda, muchachos.

Los chicos habían quedado inmóviles como estatuas.

Los dados que había en el suelo marcaban un cinco y un dos.

—Fue un buen número —dijo Wade, acercándose—, pero yo conozco un procedimiento para ganar dinero mucho mejor que ése...

Uno de los botones tomó los dados y los guardó en el bolsillo.

Wade sacó su fajo de billetes y los tres botones empezaron a sentir la garganta seca.

Roy dejó caer quince dólares en el suelo. Uno de los botones fue a abalanzarse sobre ellos, pero Roy pisó los billetes con el pie.

—No se aglomeren, muchachos, y déjenme terminar el discurso. Quiero saber quién penetró en el departamento de la señora Van der Brunten durante la tarde de ayer.

Dos de los botones cambiaron miradas entre sí, pero el otro, justo el que Roy había visto con anterioridad, se quedó con la boca abierta.

—Usted... Usted es Roy Wade...

—Sí, muchacho. ¿Cuál es tu nombre?

—Buddy, señor Wade.

—Bien, Buddy. Estoy realizando una investigación para salvar a mi amigo de la hoguera y al mismo tiempo para que no me metan en ella. Un hijo de perra entró en el apartamento de la señora Van der Brunten sin que nadie se apercebiera de ello y llevó a cabo la ejecución de la abuela. Mi amigo y yo nos llegamos aquí por ganar una apuesta y casi nos cuesta la vida. La única forma de salir del atolladero es saber quién entró por aquella puerta.

—Lo siento, señor Wade, pero no entró nadie.

—Te equivocas, Buddy. Entró el mozo que descubrió el cadáver.

—Es Ricciardi, una buena persona.

—Me gustaría hablar con él. —Roy dejó caer otros quince dólares en el suelo y agregó—: Toda esta pasta que hay a mis pies es para repartir entre vosotros tres, No sólo quiero hablar con Ricciardi, sino con cualquier otro empleado que haya visto algo

anormal durante aquella tarde, sea en la planta 27 o en cualquier otra.

Los tres botones empezaron a rascarse en distintas partes del cuerpo, uno en la cadera, otro en la cabeza y Buddy en el cogote.

—Señor Wade, lo que nos pide es muy comprometido. Está requerido por la justicia.

Roy dio un suspiro y dejó caer un grueso montón de billetes.

—Ahora suman ciento cincuenta y no esperéis que suba más. He de reservar unos cuantos dólares, si quiero llegar hasta el fin.

Buddy miró a sus compañeros e hizo un gesto afirmativo.

—Corriente, señor Wade —dijo Buddy—. Nos pondremos en marcha ahora mismo.

—¿Puedo esperar aquí?

—Desde luego.

Primero salieron los dos botones desconocidos, y cuando iba a hacerlo Buddy, Roy lo atrapó por el brazo. Esperó a que los otros se hubiesen alejado por el corredor y dijo:

—Tengo confianza en ti, Buddy; pero ¿puedo confiar en ellos? Si me la juegan, sólo tienen que llamar al detective del hotel y atraparme en esta jaula.

—Descuide. Si ocurre algo anormal me tomaré tiempo para avisarle. De todas formas, le voy a dar un consejo. Abra la ventana del fondo. Da a un callejón... Arrime ese viejo armario a la pared. —Sacó una llave—. Si llama alguien que no sea yo, salte por el hueco.

—Puedes tomar tus cincuenta dólares, hijo. Te los has ganado por adelantado.

—Los cobraré después, como los otros dos —sonrió Buddy, y salió de la estancia.

Roy le dio la vuelta a la llave, encendió un cigarrillo y se puso a fumar dando largos paseos.

Transcurrieron quince minutos antes de que llamasen.

—Abra, señor Wade. Soy Buddy.

El botones entró seguido de un hombre con aspecto latino.

—Éste es Ricciardi, periodista —dijo Buddy—, el hombre que descubrió el cadáver de la señora Van der Brunten.

—Celebro conocerle, Ricciardi. Hábleme de aquello.

Ricciardi no agregó nada a lo que ya Roy sabía por la Prensa.

—¿Está seguro de que la puerta estaba cerrada con llave?

—Sí, tuve que darle la vuelta.

—¿Quién le proporcionó la llave?

—Me la dan en el registro. Es Austin Dane.

—Quizá Austin Dane se la dio a otra persona antes que a usted.

—No, amigo. Dane no haría tal cosa.

—¿Por qué está tan seguro?

—Austin Dane es un tipo demasiado honrado para ciertas cosas.

—¿Hacía usted siempre el servicio de esa hora a la señora Van der Brunten?

—Sí.

—¿La encontró alguna vez con una visita?

—En los seis meses que estuve haciendo el servicio de la habitación, durante la tarde y la noche, sólo encontré una persona cuando abrí la puerta y siempre fue la misma. Un muchacho al que oí que ella llamaba Halleck.

—¿Fue su único visitante?

—Hablé con otro compañero que hace el servicio de día. Ya sabe, a veces comentamos las cosas de nuestro trabajo. El vio una vez en la habitación a la nieta de la señora y otro día también vio a ese abogado, William Penn.

—¿Nadie más?

—No. Ésos fueron los únicos visitantes de la señora Van der Brunten que nosotros conocimos en el tiempo que permaneció aquí, naturalmente me refiero a los que vimos mi compañero y yo cuando entramos en la habitación para llevarle algún servicio.

—Gracias, Ricciardi. —Roy le sacudió diez dólares y el mozo se marchó.

Buddy se rascó la coronilla.

—Antes de llegarme por Ricciardi estuve hablando con algunos compañeros que están de servicio en la planta 27, pero ninguno notó nada extraño. Ya sabe, sube mucha gente en el ascensor. En la planta 29 hay una delegación extranjera que está integrada por dieciséis personas. Constantemente llegan periodistas, políticos... Lo siento, señor Wade, pero este hotel es el peor para investigar una cosa como la que usted se propone.

—Por eso lo dejó para el final. La verdad es que no creí que sacase nada en claro. Abrir una puerta es fácil utilizando una llave

falsa, y naturalmente, el que lo hizo, utilizó este procedimiento. Bueno, Buddy, reparte el dinero entre vosotros.

—Pero si no hemos hecho nada.

—Os habéis arriesgado a trabajar para un hombre acusado de asesinato.

De pronto llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Buddy.

—Red.

Red era uno de los botones que Wade había encontrado en compañía de Buddy, y pisándole los talones, entró el otro.

—Nada de nada —dijo el último.

—Yo tengo algo que comunicarle —dijo Red.

—¿De qué se trata? —preguntó Wade.

—Me ocupé de los ascensoristas. Uno de ellos, Bob Hagnes, ha recordado algo que ocurrió un par de horas antes de que Ricciardi encontrase a la señora Van der Brunten muerta. Subió un montón de gente en el ascensor de la planta 29, dónde está la delegación extranjera. En uno de los viajes vio que todos se dirigían hacia el ala izquierda, donde están los departamentos de estos fulanos, pero hubo un tipo que se fue hacia la derecha y que le llamó la atención por su andar. Parecía un pato alegre, doliéndole los pies.

—¿Cómo era?

—De unos veintitrés o veinticuatro años, cabello negro, piel blanca, se cubría los ojos con gafas oscuras. Bob no lo pudo seguir mirando porque los clientes habían terminado de entrar y tuvo que hacerlo él para seguir su trabajo.

—¿Qué más ha dicho de ese tipo?

—Creo que no ha agregado nada más. Oh, sí, tenía un lunar en el cuello, en la parte derecha, justo por encima de la camisa.

—¿Alguien ha visto alguna vez a ese fulano con anterioridad?

Los botones quedaron un rato pensando y luego hicieron gestos negativos.

—Ya se lo he dicho antes —dijo Buddy—. Aquí viene mucha gente.

—Bueno, gracias por todo, muchachos.

—Ahora estoy más seguro que nunca de que usted y su amigo son inocentes. Si no, no habría venido aquí. Continuaré preguntando a mis compañeros. Si me informo de algo más, ¿dónde

quiere que le avise?

—Al Hotel Floriot, a una mujer llamada Ivette.

—Corriente, patrón.

Poco después, Wade se alejaba del hotel en donde la señora Van der Brunten había encontrado la muerte.

Anduvo deambulando por Brooklyn. Luego se metió en una biblioteca municipal y estuvo leyendo el tomo del «Quién es Quién», informándose acerca de todos los Van der Brunten. Aprendió mucha historia, pero no sacó nada en claro.

Eran las seis de la tarde cuando abría la cancela del jardín de la casa que Onza Van der Brunten había convertido en su refugio.

Vio en la cochera el «Cadillac». Las persianas de las ventanas estaban echadas. Oprimió el timbre y esperó un rato.

Al fin se abrió la puerta y salió Onza, cubriéndose con una salida de baño y la cabeza con un gorro de plástico.

—Me pillaste en la ducha, Roy. Pasa.

El *living* contaba con muebles confortables y una chimenea.

Por un altavoz se descargaba una música lánguida.

—Sírvete un *whisky* mientras me seco y me visto.

Roy se escanció una doble ración. Quitóse los zapatos y se tendió en el diván.

—¿Cansado? —Oyó la voz de Onza a través de la puerta entreabierta del cuarto de baño.

—Rendido. Tengo la impresión de haber corrido el Marathón.

—¿Hablaste coa muchas personas?

—Sí, y una de ellas fue William Penn.

La joven asomó fa cabeza y un hombro desnudo.

—¿Te has atrevido a eso?

—¿Por qué no? También él pudo matarla.

—Gorila, te dije que William no estaba dispuesto a divorciarse de su mujer.

—Ahora dice que *sí*.

—¿Cómo?

—Lo ha pensado mejor después de la muerte de Eloísa.

Vio cómo hacía un gesto de asombro y luego Onza desapareció en el cuarto, pero cruzó seguidamente el *living*, y desapareció en otra habitación.

Roy siguió bebiendo *whisky*.

Al cabo de un rato dejó el vaso en el suelo y se quedó dormido.

Sintió el contacto de unos labios entre los suyos, y al despertar vio por encima el bonito rostro de la joven.

—Puedes continuar durmiendo.

—Prefiero comer. Estoy hambriento.

Ella se cubría con un suéter rojo, falda negra y zapatos de tacones altos. Habíase recogido el cabello rubio con un moño detrás. Parecía una modelo de Hollywood.

—Descansa mientras te preparo algo, Roy.

—¿Tienes algún compromiso?

—Harris me hizo una llamada y quedamos en que yo pasaría por su oficina.

—Entonces, lárgate.

—No acepto órdenes de nadie —dijo Onza, y se fue a la cocina.

Transcurrieron otros quince minutos y Onza hizo sonar la cuchara contra una cacerola.

—La comida está servida.

Roy se puso los zapatos, fue al cuarto de baño y se lavó la cara y las manos.

Al entrar en la cocina, vio que Onza había dispuesto una buena mesa con pollo, vasos con jugo de tomate y una lata de caviar. El pan estaba bien tostado.

Los dos comieron en silencio y luego ella hizo café en pocos minutos con una máquina italiana de un solo brazo.

Roy aspiró el aroma del brebaje. Era magnífico.

Quando hubieron terminado, encendieron cigarrillos.

—Bueno, ¿por qué no te vas? —dijo Roy—. Harris te está esperando. Se va a enfadar.

—¿De verdad no te importa?

—Puedes irte y así dormiré. Apenas pegué ojo la noche pasada.

—Puedes quedarte cuanto quieras, Roy. Quiero que estés aquí para cuando vuelva. —Le dio un beso en la nariz.

Quando la vio marchar, Roy soltó una imprecación contra todas las mujeres.

Se fue al cuarto de baño y tomó una ducha tibia.

En el dormitorio de la joven encontró un pijama de ella, que aunque le venía pequeño, resultó aceptable. Metióse en la cama y no tardó en dormirse.

De pronto se despertó bajo la sensación de que había oído un ruido fuera de la habitación. Todo estaba oscuro. Ya era de noche.

Saltó de la cama y deslizóse hacia la puerta, silenciosamente.

Puso la mano en el tirador y abrió de golpe. El *living* también estaba a oscuras, pero de pronto brotó un fogonazo muy cerca, a la izquierda.

Sintió una ola de calor en la cara.

CAPÍTULO X

Saltó hacia adelante instintivamente, bajando el brazo con rapidez meteórica.

Su mano golpeó una muñeca y un objeto duro cayó en el suelo.

Un pie subió del suelo y la puntera se le clavó en la ingle.

Sintió los dolores del infierno mientras se derrumbaba.

Alargó la mano, pero no pudo atrapar nada. Tanteó buscando el arma, y de pronto, oyó la carrera de su agresor hacia la salida.

Se volvió demasiado tarde, cuando la puerta ya se había cerrado.

No podía perder tiempo en buscar el arma. Aquel hombre también estaba desarmado.

Echó a andar tambaleándose y abrió la puerta de un tirón.

En el sendero del jardín no vio a nadie. De pronto oyó un ruido a la derecha. El desconocido había saltado al jardín vecino.

Bajó del porche y ya se había recuperado bastante.

Cuando llegó junto a la verja, miró hacia la otra parte, pero estaba demasiado oscuro. No vio a nadie. Era inútil. Había perdido el tiempo.

Sintió que se había descompuesto. Hincó las rodillas en tierra y vació el estómago.

Escuchó pasos por el sendero a sus espaldas y se volvió. Onza Van der Brunten subía hacia el porche.

No la quiso llamar. Vio cómo entraba en la casa.

Entonces se puso en pie.

Al penetrar él en el *living*, Onza se volvió bruscamente lanzando un grito. Estaba en el hueco del dormitorio.

—Roy, menudo susto me has dado.

La miró a la cara y vio sus ojos felinos taladrándolo y sus manos

encogidas como zarpas.

—Roy, ¿qué te ocurre?

Wade caminó hacia ella pesadamente, sintiendo en la boca un fuerte sabor amargo.

Onza salió a su encuentro.

—Querido...

Roy la abofeteó en la mejilla.

La joven lanzó un grito y golpeó el diván con la cadera, rebotando al suelo.

Se bajó el ruedo de la falda que le había quedado por encima de la rodilla.

—Maldito... ¿Qué has hecho, Roy?

—Tú y tus arrumacos... Traidora.

—¿De qué estás hablando?

—Has intentado matarme.

—Roy, ¿es que te has vuelto loco?

—Anda, continúa simulando. Dime que acabas de llegar. Mírate los zapatos, estúpida. Los tienes llenos de barro y yo sé por qué. Observé el otro jardín. Estaba recién regado. Te manchaste los zapatos al saltar por la verja, cuando huías después de haber disparado sobre mí.

Ella permaneció muda durante un rato.

—Roy, ¿eso crees de mí?

—¡Deja ya de hacerte la ingenua! Claro que fuiste tú... ¿Qué otra podía ser? He sido un estúpido.

—Es ahora cuando te estás comportando como tal.

—Estabas en combinación con Harris Forrester. Harris se ocupó de tu abuela.

—No, Roy.

—Naturalmente, le envió uno de sus hombres. Fue él quien le pasó el cordón a la abuela para estrangularla y para ello usó guantes. Estuve en el Hotel Carlos VIII informándome. El tipo se cubría con gafas oscuras y andaba como un pato. Salió del ascensor en la planta 29 y luego descendió dos pisos introduciéndose en el apartamento de la abuela con ayuda de una ganzúa. Fue así como hizo el trabajo. Probablemente estaba dentro mientras yo intentaba salvar el gato de angora, pero apenas mi amigo y yo regresamos a nuestra terraza, el asesino llevó a cabo su misión. Os salió redonda

la cosa cuando la policía nos echó el guante. Había unos culpables, nosotros, Lou Anders y Roy Wade, dos tipos desarraigados, que tan pronto se ocupaban de una cosa como de otra. Y habían llegado al hotel haciéndose pasar por grandes fulanos, pero luego Anders y yo escapamos de la policía, aunque Lou cayese en sus manos más tarde. Seguí investigando y me puse pesado preguntando a unos y a otros. Muy pronto le llegaría el turno a Harris. Entonces yo mismo os ofrecí la oportunidad dejándome caer por aquí. En realidad sólo hice demorar mi ejecución. Anoche me querías traer a este refugio y tú misma o cualquier hombre que nos hubiese seguido habría acabado conmigo. Pero no hizo falta, el propio cordero vino al lugar donde debía ser inmolado. Sólo que te ha vuelto a fallar, pequeña.

—¡Vete de aquí, vete!

—Voy a ajustarle las cuentas a tu amigo Harris.

—¿Quieres saber una cosa, gorila? No sé nada de lo que estás contando.

—Ya no puedes engañarme más, nena.

—Fui con Harris sólo por terminar con él. Regresé en cuanto pude.

—Esa fábula es la mejor de todas. Terminaste con Harris.

—Acabé con él y hubo de conformarse porque estaba decidida a ello, pese a todas sus amenazas... ¿Y sabes quién es el culpable de que me hubiese armado de valor para llegar a eso? Tú, estúpido.

—Has bebido demasiado. Huelo desde aquí tu aliento.

—Pensé que lo podía hacer por mí misma, pero cuando estaba cerca de la casa de Harris, me sentí débil y entré en un bar. Allí pasé más de una hora bebiendo y bebiendo. Sí, Roy, he bebido mucho, pero lo que yo quería era apartarme de Harris. No quería saber nada de él, nada. Lo envié al infierno. He pasado toda mi vida sola, ¿lo oyes? Únicamente conocí a tipos estúpidos, vanidosos, vividores a costa de las mujeres, hasta que llegaste tú.

—Cierra el pico.

—Anda y lárgate. Ya he terminado.

Roy se pasó una mano por la cara. Sus ojos se detuvieron en algo que había entre los leños de la chimenea. Era un arma que no había visto nunca antes de ahora, salvo en los films del Oeste. Examinó atentamente el revólver de dos cañones de culata diminuta que el desconocido había disparado contra él.

Sintió a sus espaldas que Onza estaba sollozando. La vio reflejada en el espejo de la pared. Tenía hundida la cabeza en el almohadón. No; ella no sabía que había tomado aquella arma, y de pronto recordó el «*hobby*» de Cornelio Van der Brunten. Coleccionaba armas antiguas y el revólver que tenía en la mano debía haber sido fabricado por el año 1870.

Echó a andar hacia la puerta. Se detuvo en el umbral un momento y volvió la cabeza. Onza continuaba sollozando.

Quiso decir algo, pero no le salió nada y dejó la estancia cerrando tras de sí.

* * *

Empujó la puerta de hierro que estaba entreabierta y se encontró ante un extenso jardín iluminado por la luna.

Ningún hombre le salió al encuentro, Ningún perro ladró.

Caminó hacia la casa, pero no lo hizo por el sendero sino junto a los árboles, deslizándose como una sombra.

Sólo estaban iluminadas dos ventanas correspondientes a la planta baja, a la derecha. Conforme se fue acercando descubrió que una de ellas estaba abierta.

Asomó poco a poco la cabeza por el alféizar y vio a un hombre que estaba de espaldas a él, de pie ante una mesa, mirando un retrato que había en la pared.

En el cuadro se reflejaba una figura. Eloísa Van der Brunten.

Wade saltó el alféizar sin hacer ningún ruido y deslizóse al interior.

—Buenas noches, Cornelio —dijo.

Cornelio Van der Brunten giró bruscamente y quedóse mirando a su visitante.

El hermano de Onza estaba prematuramente envejecido, ya que sólo contaba veintinueve años. Apenas le quedaba cabello en la cabeza y bajo los ojos mostraba grandes bolsas. Parecía un hombre de más de cuarenta.

—¿Quién es usted?

—Resulta curioso. Todo el mundo pregunta quién soy y tengo la impresión de que todos ustedes lo saben perfectamente.

—Debe ser un chiflado. Pero no se preocupe. Yo mismo llamaré

a la policía para que lo lleven al lugar de donde se escapó. —
Cornelio se acercó al teléfono.

Roy sacó el revólver de doble cañón.

—No haga eso, compañero, o le juro que aprieto el gatillo.

Van der Brunten se detuvo observando el arma.

—¡Eh! ¿De dónde ha sacado eso?

—Reconoce el arma, ¿verdad?

—Es un vulgar «Colt» que obtuvo muy buena acogida entre 1870 y 1880, especialmente en la cuenca del río Mississippi.

—No me cuente la historia de la colonización.

—Hay muchos como ése. Se pueden comprar por veinticinco o treinta dólares.

—Pero éste salió de su colección.

—Me temo que no, amigo mío.

—Enséñeme su ejemplar.

Cornelio tiró de un cordón, descorriendo unas gruesas cortinas. Ante Roy aparecieron una serie de vitrinas donde se exhibían toda clase de armas.

—Véalo. Es el que está a la derecha, bajo el epígrafe B-18.

Roy se aproximó a la vitrina señalada, sin perder de vista a Cornelio. Miró a través del cristal y vio que, efectivamente, había un revólver en todo semejante al que él empuñaba.

Miró otra vez a Cornelio y observó sus zapatos manchados de barro.

—¿Por dónde anduvo, Cornelio?

—No es cuenta suya.

—Creo que sí. Alguien intentó asesinarme y estoy haciendo una pequeña investigación.

—No sé quién es usted, pero le diré que no salí de casa en toda la noche. Bueno, me llegué al jardín.

—Y justo fue allí donde se manchó los zapatos de barro.

—No me interesa la floricultura, pero a mi abuela le gustaban los tulipanes. Hay un familiar nuestro que es un especialista de ellos. El bautizó a uno de sus cruces, con el nombre de «Eloísa». Están plantados a la derecha de la casa y fui a verlos porque me acordé de la abuela.

—Muy sentimental.

—Lo crea o no, es así. Me sentía apesadumbrado por su muerte.

—¿A quién le quiere colocar ese cuento? Usted la odiaba tanto como ella a usted.

Cornelio entornó los ojos.

—¿Quién le ha dicho eso?

—No importa quién lo haya dicho, pero es la verdad.

—Muy bien, ella y yo nos odiábamos, lo admito, pero sólo la muerte puede hacernos comprender hasta qué punto estábamos equivocados con respecto a una persona. Entonces viene el arrepentimiento.

—Usted no fue a ver a esos tulipanes. Se llegó al apartamento de su hermana porque sabía que yo estaba allí. Sólo quería una cosa. Enviamos al otro mundo.

—Ya sé quién es usted... Roy Wade, el hombre al que la policía acusa de haber estrangulado a mi abuela, al que tratan de cazar. Hace un rato escuché una descripción de usted por la televisión. Sí, se ajusta perfectamente al tipo.

—No se canse. Soy Roy Wade.

—Primero mató a mi abuela y ahora quiere matarme a mí. ¿Por qué?

—¿Qué le pasa a una fiera cuando se siente acorralada, cuando ve que los perros están listos para hincarle el diente?... Entonces ella también enseña los colmillos y se defiende como puede, a zarpazos, a mordiscos.

Cornelio se echó a reír. Lo hizo primero suavemente, y luego estremeciendo los hombros. Roy vio el vaso de *whisky* que había en la mesa y la botella en que apenas quedaban dos dedos de alcohol.

¿Qué le pasaba a aquella familia? Onza había bebido según había dicho, para armarse de valor antes de dar el pasaporte a Harris, y también Cornelio había bebido lo suyo. Al principio no había notado la borrachera, pero era porque Cornelio estaba sometido a la fuerte impresión de ver a su visitante apuntándole con un revólver.

Cornelio alzó la cara, mostrando las lágrimas que la hilaridad había hecho brotar de sus ojos.

—Usted es grande, Wade.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque mató a la abuela.

—¿Me va a dar alguna recompensa por ello?

—No, la ley dice que debe morir, y morirá. No levantaré un solo dedo por usted, pero resulta divertido.

—Dígame en qué consiste la diversión y reiré yo también, antes de que me apliquen la corriente de alto voltaje.

—Usted es sólo la mano del destino.

Cornelio tomó el vaso de *whisky* y bebió de un trago todo su contenido. Luego escanció lo que quedaba en la botella. Prosiguió hablando:

—Se cree que estoy borracho, ¿eh?

—Oh, no; usted está muy sereno.

—No cree en el destino.

—Sí, el destino es algo estupendo, une y separa a las personas. Puedo darle unas cuantas lecciones experimentales acerca de eso desde el momento en que se me ocurrió que un amigo mío y yo podíamos pasar una temporada en cierto hotel de lujo.

—Usted tenía que matar a la abuela.

—Ya.

—Estaba escrito así... —Cornelio entornó los ojos—. ¿Usted no lo cree, verdad?

—A ver si me convence, Cornelio.

—Es una hermosa leyenda que arranca de los tiempos en que la familia Van der Brunten vivía en Holanda. Eran protestantes, sabe, por eso fueron expulsados y vinieron a Estados Unidos. La leyenda nació allí, en Holanda.

—¿Qué leyenda es ésa?

—Las mujeres en la familia Van der Brunten tienen un final extraño de tres en tres generaciones. ¿Se da cuenta? Dos de ellas mueren de muerte natural, pero la tercera muere violentamente, siempre de la misma forma...

—No me diga que es por estrangulación.

—Exactamente.

—¿Por qué no le vende el argumento a Hitchkok? Podría hacer un film de suspense de primera categoría.

—No lo cree, ¿eh? Muy bien. Yo lo convenceré.

Se dirigió a la pared de la derecha.

—Cuidado con pasarse de listo, Cornelio. Si lo veo coger un arma, no tendré más remedio que escupirle plomo.

Pero Cornelio no abrió la vitrina, sino que alcanzó un libro de una estantería en donde había un centenar de volúmenes.

Haciendo eses, tambaleándose, acercóse a Roy mostrando el libro encuadernado en piel.

—Ande, léalo —se lo arrojó a Roy, quien lo atrapó con la mano izquierda—. Ahí está contada la historia de la familia Van der Brunten hasta el año 1856. Yo ordenaré ahora que la continúen. Mi abuela era la representante de esa tercera generación y debía de tener el final que ha tenido. No lo digo yo, señor Wade. Es la leyenda.

Roy sacudió la cabeza. Aquel hombre no sólo estaba borracho. Parecía tener la mente extraviada.

Abrió el libro. Las páginas estaban amarillentas y la impresión de las letras eran del siglo XIX. Allí se contaba que una tal Margarita Van der Brunten murió estrangulada en las cercanías de Boston, en un parque público, mientras cruzaba éste una noche para ir a su casa. Pasó las páginas rápidamente hacia el final. Vio una relación de nombres. Tres mujeres que llevaban el apellido Van der Brunten habían sido estranguladas en poco más de doscientos años, de modo que Eloísa era la cuarta.

—¿Quién conocía esto, Cornelio?

—Yo.

—¿Usted solo?

—Sí.

—¿Ningún miembro de la familia lo conocía?

—No. Encontré este libro en un desván de nuestra casa en Boston. Nadie va por allí. Es una habitación donde están apilados los muebles antiguos, libros llenos de polvo.

—¿Cuándo lo encontró?

—Hace seis meses.

—¿Está seguro de que no dijo nada de su descubrimiento a nadie?

Cornelio se pasó una mano por la cara.

—Bueno, una noche estaba un poco mareado y hablé de algo.

—¿A quién le habló?

—A la abuela.

—Ya entiendo. Ése fue el motivo por el cual ella se marchó al hotel. Apuesto a que vivía aquí con usted.

—Sí.

—La abuela tuvo miedo de usted, Cornelio.

—Sí.

—Tuvo miedo de que, obsesionado por esa leyenda, usted la matase. Ella pertenecía a la generación que debía ser estrangulada.

—Oh, no debe decir eso. Yo sería incapaz de matar a la abuela.

—Ella sabía que usted la odiaba.

—Sí, maldita sea, pero soy un ser humano.

—Los seres humanos matan, especialmente cuando están borrachos o locos.

Cornelio lo miró con los ojos inyectados en sangre.

—No diga eso... No lo diga... Soy un ser normal. Me gusta beber de vez en cuando, sólo eso, pero tengo sentimientos. ¿Lo oye? Siento lo de la abuela, lo siento mucho. —Se dirigió hacia el cuadro gritando—: ¿Por qué? ¿Por qué me odiaste, abuela? Yo no te había hecho nada. Nací hombre, ¿lo entiendes? Yo no elegí mi sexo. Me odiaste desde el principio. Pero yo te hubiese querido, abuela. Sólo con que me hubiese dicho una palabra amable, una palabra cariñosa... Te conté la leyenda, te la conté, pero no me dejaste contarte lo demás... Yo no consentiría que nadie te matase. Yo acabaría con esa maldita leyenda. Nadie te iba a estrangular, ¿lo oyes? Nadie te habría estrangulado si te hubieses quedado en casa. Y ahora, un maldito lo ha hecho, un bastardo maldito...

Cornelio se derrumbó en el *suelo* y estremeciéndose convulsivamente.

Roy guardó el libro de tapas de piel en el bolsillo y el revólver con el que alguien había intentado matarle. Por un momento, mientras Cornelio hablaba, había estado observando su cuello. No, él no tenía ningún lunar allí, pero había recordado otra cabeza, otro cuello que poseía aquella marca.

CAPÍTULO XI

Wade abrió el apartamento, esta vez sin oprimir el timbre.

En el *living* no había nadie.

Echó a andar por el corredor que desembocaba en el estudio.

Halleck Lee estaba pintando su extraño cuadro.

—Póngale un poco más de tomate, Halleck.

El pintor se volvió bruscamente.

—¿Usted otra vez?

—Pasaba por aquí y me dije: ¿Por qué no haces otra visita a tu amigo Halleck y quedas a la par con él?

—Quiero advertirle una cosa.

—¿Sí?

—No intente pegarme.

—Pero, Halleck, si vengo en son de paz.

Roy vio sobre una mesa una botella de *whisky* y dos vasos. Uno de ellos no estaba usado.

—Con su permiso, Halleck —dijo, y se sirvió una ración.

Sentóse en el diván con capacidad para tres personas, bebió un largo trago y encendió un cigarrillo. Mientras tanto, el pintor había continuado su trabajo en el cuadro.

—Oiga, Wade, ¿cómo es posible que todavía no lo haya cazado la policía?

—Soy un tipo que despliego mucho dinamismo. Por cierto, ¿avisó al teniente Sullivan acerca de mi visita?

—¿No se ofenderá si le digo la verdad?

—Oh, no.

—Se lo dije..., pero debo aclararle que no le telefoneé voluntariamente. Fue el teniente Sullivan quien llamó, preguntándome si usted se había llegado aquí. Según el teniente,

usted estaba visitando a todos cuantos, de una forma u otra, se habían relacionado íntimamente con Eloísa Van der Brunten.

—Pensé con lógica que el asesino debía encontrarse entre el círculo más allegado a la abuela.

Lee depositó la paleta y el pincel. Se cubría con unos pantalones de pana y una camisa a cuadros sobre los que no mostraba una sola mancha. Halleck era un tipo muy aseado.

Se acercó a la mesita y él también se escanció un par de dedos de *whisky*.

—¿Por qué ha venido esta vez, Wade?

—Para decirle quién mató a Eloísa.

Lee iba a beber, pero se quedó con el vaso junto a los labios.

—¿Habla en serio?

—Desde luego.

—Creo que fanfarronea.

—No, Halleck. Conozco la identidad de la persona que estranguló a Eloísa Van der Brunten.

—Ya comprendo. Va a decir que fui yo.

—No, Halleck, no fue usted. Al menos no fue el autor material. Quien cometió el asesinato fue su prometida Angie Donahue.

Lee apretó los dientes.

—Oiga, Wade, soy un cobarde, lo reconozco, pero no diga eso, no lo diga o pelearé con usted a mordiscos, a patadas, como sea.

Se abrió una puerta que había al fondo y apareció Angie, cubriéndose con un batín azul, de bonito dibujo.

—Hola, Angie —la saludó Roy.

—¿Sabes lo que dice el señor Wade, Angie? —cacareó Halleck—. Que tú mataste a Eloísa.

La joven sonrió.

—He leído muchas novelas policíacas. Cuando los asesinos se encuentran en situaciones difíciles, no saben qué inventar. Hasta los más inteligentes confunden las ideas.

—¿Cuándo supo que a Halleck le corresponderían doscientos mil dólares si Eloísa moría, Angie? —inquirió Roy.

—Me enteré esta mañana, cuando usted estuvo aquí.

—No, Angie, usted se debió informar mucho antes.

—¡Yo no se lo dije! —gritó Halleck—. ¡Nunca se lo he dicho!

—Es posible que nunca se lo dijese, pero tiene la costumbre de

dejar la puerta abierta y ella tiene libertad para introducirse en el apartamento cuando quiere. Quizá algún día Angie se dejó caer por aquí cuando usted estaba hablando con Eloísa por teléfono. Seguro que la llamaba con alguna frecuencia al hotel para evitarse verla personalmente.

—Sí, le telefoneaba.

—En cualquiera de esas conversaciones, usted pudo hablar de la herencia, justo cuando Angie había entrado subrepticamente. Hoy me he llegado dos veces aquí, y en ambas ocasiones, Angie ha entrado en el estudio con la suavidad de un fantasma, como si flotase.

—No me hará decir lo contrario con respecto a mi desconocimiento de la herencia —repuso Angie.

—Pasemos eso por alto. Usted supo otra cosa y apuesto a que eso le llegó por boca de Halleck.

—¿El qué?

—La leyenda.

—¿Qué leyenda?

—La leyenda de la mujer muerta que se refiere a la familia de los Van der Brunten. Cada tres generaciones, una mujer ha de morir violentamente, estrangulada.

Roy vio cómo el rostro de Angie palidecía.

—No me equivoco, ¿verdad, Halleck?

—Sí, se lo conté. La abuela me lo dijo hace un par de meses. Estaba asustada y ésa era la razón de que se hubiese ido a vivir al hotel.

—Y apuesto a que también agregó otra cosa. A quien temía ella era a su nieto Cornelio.

—Sí.

—Naturalmente, todo eso se lo contó usted a Angie. Su prometida cuando se informó de lo de la herencia, decidió llevar a cabo su plan para convertir a su futuro esposo en propietario de la bonita cifra de doscientos mil dólares. Pero necesitaba un sospechoso, alguien que cargase con la culpa, y naturalmente, pensó en Cornelio. Angie se vistió con ropas de hombre, se cubrió con gafas oscuras, se proveyó de una peluca, de un sombrero, y con la ganzúa en el bolsillo, se fue a realizar su trabajo.

Sólo tuvo que subir en el ascensor con la gente que se dirigía a

la planta 29 del hotel donde se hospedaba cierta delegación extranjera, pero luego se desvió y bajó la escalera. Se introdujo en el apartamento, aunque tuvo que esperar dentro a que un par de palurdos salvaran a un gato que estaba a punto de caer en la calle. Cuando el par de palurdos se fue, Angie operó con el cordón de la cortina sobre el cuello de Eloísa.

—¡Falso! —exclamó Angie—. ¡Todo mentira!

—Es posible que me hubiese resultado un poco más difícil hallar la solución si no hubiese contado con la ayuda del ascensorista. Se fijó en un hombre que andaba como un pato. Naturalmente, usted no está acostumbrada a llevar zapatos de hombre. En segundo término, por encima de la camisa, vio una peca. Yo recordé hace un rato que había visto un cuello con dos pecas. El de usted, Angie. La de abajo la pudo cubrir con la camisa, pero no la que estaba más alta.

—¡Maldito! ¡Cierre la boca!

—Ya falta poco para que acabe. Conocía por Halleck que Cornelio era un borracho consuetudinario, y que en su biblioteca estaba el libro con la leyenda. Todos los que hayan tratado a los Van der Brunten sabían que la abuela odiaba al nieto y el nieto odiaba a la abuela. Confieso que era un buen plan. Cornelio hubiese cargado con la muerte de Eloísa de no ser porque mi amigo y yo aparecimos para ocupar su puesto. Son jugarretas del destino, porque sólo gracias a eso, el verdadero culpable recibirá el castigo. De otro modo, estoy seguro de que su delito habría quedado impune.

La cara de Angie estaba bañada en sudor.

Halleck tenía los ojos fijos en Roy y la mano con que sostenía el vaso le temblaba ostensiblemente. Wade sonrió.

—Cuando estuve aquí esta mañana, usted, Angie, empezó a temer que descubriese la verdad. Me cobró miedo y por eso decidió eliminarme. Seguro que apenas salí de aquí encontró una excusa para apartarse de usted, Halleck. ¿Verdad?

—Sí, se marchó porque dijo que tenía que ir a la editorial.

—Lo que hizo fue seguirme y de esa forma pudo ver cómo me introducía en el hotel y hacía las demás gestiones y cómo más tarde me llegaba a la casa de Onza Van der Brunten. Onza salió y Angie llegó a la conclusión de que yo estaría allí un buen rato. No le

llevaría mucho tiempo llegarse a un almacén de antigüedades y proveerse de un revólver de doble cañón del siglo pasado. Según Cornelio, se puede comprar por veinticinco dólares. Pero necesitaba esa clase de arma porque así conseguía un doble objetivo. En primer lugar me liquidaría interrumpiendo mi investigación. Por otra parte, devolvería las aguas a su cauce. Cornelio aparecería entonces como el culpable. En ese caso sólo una persona se hubiese beneficiado de mi muerte, aunque eso me habría servido de consuelo en el otro mundo. Mi buen amigo Anders.

Angie metió la mano en el bolsillo del batín y la sacó con un arma, pero esta vez no era del siglo pasado, sino una pistola con culata de nácar y cañón de brillante acero.

—Condenado entrometido... Ocurrió tal como ha dicho, pero todo habría ido bien si usted y su amigo no hubiesen estado en el hotel.

—¡Angie! —exclamó Lee—. ¿Qué has hecho? Dios mío, ¿cómo pudiste hacerlo? Matar a esa mujer, ella que había hecho tanto por mí...

—Estabas viviendo a costa de ella. Muy bien, que soltase el dinero de una vez.

—¡Angie!

Lee echó a andar hacia ella con la boca abierta, un gesto de angustia en la cara.

—Apártate de ahí, Halleck. Voy a matar a ese hombre.

Roy inició un salto sobre la joven. Ella disparó, pero Halleck se cruzaba en ese momento y fue quien recibió la bala.

Roy golpeó en el hombro a Halleck, pero logró atrapar la mano armada de Angie. Tiró de ella bruscamente y la joven dio una vuelta en el aire estrellando las espaldas contra el suelo y quedando conmovida. Le resultó fácil despojarla de la pistola.

Halleck estaba en el suelo boca arriba. Tenía un agujero en el estómago. Se puso allí las manos, y al verlas llenas de sangre, soltó un gemido.

Roy alcanzó el teléfono. Primero llamó al hospital pidiendo urgentemente una ambulancia, y luego al teniente Maximilian Sullivan, de la Brigada de Homicidios.

Lou Anders y Roy Wade salieron del precinto de la policía. Anders respiró a pleno pulmón.

—Ha sido bueno eso de que Halleck declarase antes de morir que oyó a Angie confesar su crimen.

—Ha resultado decisivo porque habría sido mi palabra contra la de Angie.

Se metieron en un bar y Roy pidió unos bocadillos y cerveza.

—Empieza a comer mientras hago una llamada —dijo Roy.

Entró en la cabina y disco el número del refugio de Onza. Descolgaron enseguida.

—¿Sí?

—Hola, nena.

—Roy...

—Sólo te quería llamar para excusarme por las cosas horribles que te dije. Me comporté como un grosero.

—Roy, ha estado aquí William Penn.

—Celebro que todo se haya arreglado para vosotros. Deseo que seáis muy felices.

—Pero le he dado calabazas. No se divorciará porque ya le he advertido que no me casaré con él.

—¿Eh?

—Ven pronto, gorila.

Roy tragó saliva y dejó el auricular en la horquilla.

Salió corriendo de la cabina y palmeó a Lou, que tenía ante sí los cuatro bocadillos que habían pedido para los dos.

—Todo para ti, Lou, y luego vete a dormir al hotel Floriot. Te veré allí mañana —echó a correr.

—Pero, Roy, ¿adónde vas?

—Tengo una cita con un leopardo —dijo Wade.

Y desapareció por la puerta.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).